

Julio Provencio

Macrophylla



**PROGRAMA DE DESARROLLO DE DRAMATURGIAS ACTUALES
DEL
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA**



inaem

**INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA**

Macrophylla

Julio Provencio

Es dramaturgo y director de escena. Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid, Máster en Humanidades por la Universidad Carlos III de Madrid, y Máster Europeo en Artes Escénicas por las Universidades Libre de Bruselas y de Bolonia, gracias a una Beca de la Fundación La Caixa. Además, es Máster en Formación del Profesorado por la Universidad Nacional de Educación a Distancia y Titulado Profesional de Música en la especialidad de Clarinete. Ha participado en diversos congresos europeos sobre teoría teatral y ha publicado artículos en revistas como *ADE-Teatro* o *Telón de Fondo*, además de en varios libros especializados. Como formación complementaria, ha participado en talleres con Juan Mayorga, Jean-Pierre Rynngaert, Enzo Cormann, Pascal Rambert, Roger Bernat o Simon Stephens.

Es autor de *Placenta* (Surge, 2016), *Ifigenia (Homenaje a una muerte muda)* (Programa de ayudas a escritores noveles Com. de Madrid 2016), co-autor de *Modërna* junto con Carolina África (Frinje, 2016) y de la obra teatral *Proyecto 43-2* (junto a María San Miguel). Es también autor de las piezas breves *El cazador de ojos* (Godot, 2017), *Hebe* (Beca CDN-L'Obrador d'estiu, 2018) y del guion para cortometraje *Humanoides* (4º Premio-Teatronika, UPF, 2015). Ha dirigido *Cuando caiga la nieve* (de Javier Vicedo, 2017), y sus obras *Placenta* y *Modërna*. Además, ha sido ayudante de dirección en las producciones *You are my destiny (Lo stupro di Lucrezia)*, *Primera carta de San Pablo a los Corintios*, *Las puertas de la carne*, *Esta breve tragedia de la carne* y *¿Qué haré yo con esta espada?*, de Angélica Liddell, entre los años 2014 y 2016.

Julio Provencio

Macrophylla



DRAMATURGIAS
ACTUALES



MUESTRA DE TEATRO
ESPAÑOL DE AUTORES
CONTEMPORÁNEOS



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA

© Julio Provencio

© *Ilustración de cubierta:* Marta Ramos Ituarte

© *De la presente edición:*

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

Diseño y maquetación:

Vicente Alberto Serrano

NIPO: 035-18-051-X

Macrophylla

A mi padre.

Y a los que nacieron después de mí.

La obra está dividida en 4 actos.

El espacio de acción es siempre el mismo, pero entre cada acto pasan varios años.

El avance de la obra se corresponde con el del paso del día, del siguiente modo:

Acto I: 1952: Primera hora de la mañana.

Acto II: 1976: Hora del almuerzo.

Acto III: 1992: Media tarde.

Acto IV: 2011: Hora de la cena.

DRAMATIS PERSONAE:

GINÉS

PURA

PEDRO, *padre de Pura*

JUANA, *hija mayor de Ginés y Pura*

FRANCISCO, *hijo menor de Ginés y Pura*

ANTONIO, *marido de Juana*

ENCARNA, *hija mayor de Juana y Antonio*

ANDRÉS, *hijo menor de Juana y Antonio*

MARTÍN, *hijo único de Francisco (y su mujer, Teresa)*

RAMÓN, *marido de Encarna*

GINÉS, *hijo único de Andrés (y su mujer, Ana)*

FEDERICO, *hijo único de Encarna y Ramón*

DON RUBÉN

FEFA

MIGUEL ÁNGEL, *nieto de Fefa*

Dado el desarrollo temporal de la obra, esta puede ser interpretada por un elenco de entre 6 y 9 actores. Al final del texto se anexa un árbol genealógico que hace más sencillo el seguimiento de la evolución de la familia.

El signo / indica la interrupción de la frase por un acontecimiento o réplica inmediatos.

PRÓLOGO

El espacio está ocupado por las dos habitaciones principales de una casa. Es un hogar visiblemente modesto, en un pueblo del sureste español.

Según su configuración en el arranque de la obra, el primero de esos dos espacios —que da directamente a la calle— ha sido convertido en una barbería. La puerta de entrada a la barbería, y por tanto a la vivienda, está enfrente de la que da acceso a la otra habitación. En esta, encontramos el lugar cotidiano de vida de una familia: es la cocina, el comedor, el espacio de conversación y trabajo doméstico, aun siendo una pequeña estancia. Completan la casa (ocultos para el espectador) dos pequeñas alcobas a las que se accede desde la cocina y un patio trasero.

Un hombre duerme en el sillón de la barbería, único asiento mínimamente cómodo en el conjunto de la casa. Está arropado con un peinador de tela blanca.

Un cerdo irrumpe en escena, entrando por la cocina. Lo terso de su piel contrasta con la época. Ni siquiera los que vencieron han logrado que la grasa llene sus arrugas con tanta firmeza. El animal husmea aquí y allá. Se mueve y se detiene con agilidad, empujando con fuerza aquellos muebles que no esquiva. En su deambular por el espacio, se acerca también a los pies del hombre que duerme, sin llegar a despertarle.

PRÓLOGO

Por el mismo rincón por el que apareció el cerdo entra ahora un niño. Tantea al animal de lejos, y poco a poco se acerca a él. Teme su mordedura, pero es un miedo preñado del afán contrario: ser él quien muerda la carne del animal un día.

Los dos se escrutan, se persiguen brevemente, se detienen y se vuelven a mirar... Su batalla tácita acaba cuando el niño, acosado, se esconde en un mueble de la cocina. El cerdo, vencedor, da unos cuantos golpes en el mueble y desaparece tranquilamente por donde entró.

ACTO I

Un sábado de 1952, a primera hora de la mañana.

El mismo espacio del prólogo. La puerta de la barbería se abre, despertando a GINÉS (37), que dormía sobre el asiento ligeramente reclinado. Se recompone rápidamente, mirándose de reojo en el gran espejo que queda frente a la butaca. Quien abre la puerta es DON RUBÉN (55), que se sorprende de la actitud de GINÉS.

DON RUBÉN.- ¿Se puede?

GINÉS.- ¡Don Rubén!

DON RUBÉN.- Sin el 'don', Ginés.

GINÉS.- Sin el 'don'... Rubén.

DON RUBÉN (55) entra en la barbería. Deja en una de las perchas su chaqueta y se sienta en el sillón, aún sudado por el sueño de GINÉS. Este realiza las tareas habituales del corte de pelo.

DON RUBÉN.- *(en frases salteadas, mientras GINÉS realiza su labor)* Ya perdonarás las horas. Pero es que están como locos con la comida en la plaza. Yo ya he dicho que para abrir la feria de toda la vida se ha esperado a la tarde. Salir de la iglesia y a comer a casa; eso es lo suyo. Pero me han encasquetado a mí todo el asunto de las mesas y las sillas... Así que ahora al almacén, traigo

todo y se monta el tinglado. Pero luego, a ver... que a la tarde tengo que estar en la ofrenda. Y en la procesión. Comida en la plaza, si quieres, el último día. Incluso mañana. Pero hoy... lo que yo te diga, van a estar las manos más pendientes de la mesa que de rezar a la virgen. Y si luego corre la bebida, a alguno se le caen los ramos camino de la ermita. Oye, Ginés, ¿estás bien?

GINÉS.- (*sorprendido*) Sí...

DON RUBÉN.- No sé, da la impresión de que andas como alterado... (*GINÉS evita responder*) Claro, que no te digo yo que al que se le caiga algo no vaya a ser a mí, con lo que voy a tener que correr para llegar a todo. De momento, ya me ha tocado madrugar. Porque a lo que mandan fuera súmale lo que te mandan dentro. Qué te voy a contar a ti, Ginés. Que 'cómo nos vamos a plantar en la plaza a comer cualquier cosa, a comer lo de todos'. ¿Pero no era eso lo que queríais, comer todos lo mismo? Pues nada, que 'compra esto', que 'compra lo otro', que va a cocinar no sé qué...

Con el ruido y la conversación, JUANA (12) se ha despertado y ha aparecido en la cocina. Se acerca a la manta que separa ese espacio de la barbería. Espía por el borde, curiosa y expectante. GINÉS sigue atendiendo a DON RUBÉN.

DON RUBÉN.- ¡Poco más y me dice que matemos hoy al cerdo, para llevar picadillo y sangre frita! Claro, que de eso no va a faltar, con los Casqueros: Tomás ha dicho que regala dos cerdos al pueblo para hoy. Quién los ha visto, ¿eh?... Su madre todavía sacando recados para otros y él matando para el alcalde y vendiendo en

Masllanas. Ah, por cierto, vosotros del cerdo no os preocupéis, que ahora vendrá Fefa y le deja comida para todos estos días, así no hay que quitar de otras cosas por pensar en el cochino. Se lo dices a Pura. Y le dices también que se acerque con Juana a la plaza, hombre, donde vea que se pone mi mujer, que van a estar todas las mozas y ella no tiene por qué faltar.

GINÉS.- Se lo digo.

DON RUBÉN.- Y el otro, el pequeño, cómo se llama.

GINÉS.- Francisco.

DON RUBÉN.- Eso. Francisco. Pues que venga él también.

GINÉS.- Se estrena hoy con la banda, no creo que tenga tiempo de sentarse...

DON RUBÉN.- Lo que veáis.

GINÉS evita responder. La labor de peluquería ha terminado. DON RUBÉN se levanta, toma su chaqueta y se dispone a marcharse. Junto con JUANA, espera y escucha al otro lado de la manta su madre, PURA (37), que ha llegado un poco después que ella a la cocina. El semblante de PURA es duro, no por ello menos expectante que el de su hija.

DON RUBÉN.- La próxima no vendré tan pronto, eso seguro.

GINÉS.- Cuando sea, aquí estaremos.

DON RUBÉN abandona la barbería. Inmediatamente, PURA descorre la manta que las separaba de los hombres.

PURA.- ¿Aquí estaremos? (*GINÉS se sorprende de su entrada pero no responde*) ¿Cuándo sea, aquí estaremos?

GINÉS.- Da gracias que no le corto el cuello.

PURA.- No vayas ahora de valiente, Ginés, que no te sale.

GINÉS vuelve a callar. PURA calla también, pero su silencio reclama algo de GINÉS.

GINÉS.- ¿Qué?

PURA.- Ni has hecho amago de cobrarle.

GINÉS.- Es Don Rubén...

PURA.- ¿Y qué?

GINÉS.- ¿Cómo le voy a andar pidiendo a él...?

PURA.- Precisamente. Precisamente porque es él. De todos los que se van de aquí sin pagar, él es al que más tendrías que decirle. Un afeitado, seis reales. Un corte, diez. Que vea. Que vea que ya no necesitamos favores. Que las cosas se hacen bien. Con nosotros también. Lo que se da por lo que se recibe. Un afeitado, seis reales. Salir de casa de Ginés con el cuello entero, seis reales.

GINÉS.- A ti se te va la cabeza, Pura.

PURA.- (*ofendida a destiempo*) ¡Ni se te ocurra! Ni se te ocurra, Ginés, tratarme de loca, y menos delante de la niña, que tiene ojos como tú, y ve lo mismo que yo veo.

GINÉS.- Mañana le cobro lo que me debe. El martes a más tardar, cuando pase la feria.

PURA.- ¿Qué me importa a mí mañana, ni la feria? Tú dile ahora a tu hija que no tiene qué desayunar y que su padre no ha querido cobrarle al primer cliente de la mañana.

GINÉS.- Algo habrá, mujer.

PURA.- No hay nada. Se acabó el pan, y el horno no abre hasta el martes. Juana.

JUANA.- ¿Qué?

PURA.- Entra a cambiarte, que vas a casa de la tía Águeda a que te dé algo de pan.

JUANA.- ¿No es muy pronto para ir ahora?

PURA.- Vas ahora. Venga. Y despierta a tu hermano.

JUANA se va a la habitación.

GINÉS.- No le hagas pasar por eso a la niña.

PURA.- ¿Me vas a hablar tú de hacer pasar a los demás por nada?

Silencio.

GINÉS.- Ya voy yo a buscar lo que sea. Dile a Juana que no/

PURA.- Va la niña. ¿O encima vas a ir tú mendigando a estas horas de la mañana, a que te fíen en cualquier sitio, hoy que están todos con un ojo en la calle?

GINÉS.- Pues entonces que no salga la niña tampoco.

PURA.- Va a casa de mi tía y vuelve con algo de comer. Ya está. Yo quiero desayunar. Yo me merezco desayunar, Ginés, después de esta noche, y en esta casa no hay qué desayunar porque tú no te preocupas de que haya con qué pagarlo.

GINÉS.- También trabajas tú.

PURA.- Y gracias a eso sobrevives. Lo malo es que a mí me pagan a final de mes. A ti, muchos, ni eso.

JUANA vuelve.

JUANA.- Paquito no está en la cama.

PURA.- ¿Cómo que no?

JUANA.- A lo mejor se ha ido ya a casa del abuelo. Hoy tienen el ensayo muy pronto, decían.

PURA.- Bueno, tú ve a donde tu tía y vuelve rápido.

JUANA abandona la vivienda. Al quedarse solos, la actitud de los padres cambia. Especialmente en el caso de GINÉS, que rompe su normal compostura y se sienta, acusando la noche que acaba de pasar. Se masajea el entrecejo.

PURA.- Cómo hueles. Cómo huele esto...

GINÉS.- Durmiendo ahí, ¿qué quieres?

PURA.- Ya dormirás esta noche en la cama. Me los llevo a la sierra a la tarde cuando se suba mi prima/

GINÉS.- *(levantándose ante la amenaza de ella)* Pura, por dios...

PURA.- No te me acerques, que hueles mal.

GINÉS.- Pues Don Rubén no se ha quejado del olor.

PURA.- Bueno, ese nunca ha tenido mucho escrúpulo, ni para olores ni para nada.

GINÉS.- *(Pausa)* Y gracias a que no los ha tenido, aquí estamos ahora.

PURA.- Sí. *(Grave)* Así estamos ahora.

GINÉS.- Pues fuiste tú quien tiró de él en su momento, así que no sé por qué lo tienes hoy tan atravesado...

PURA.- Anda, Ginés, no me saques la guerra tan de mañana, que tengo el estómago vacío...

GINÉS.- ¿No fuiste tú a hablar con él, o me lo estoy inventando yo?

PURA.- ¿Y qué?

GINÉS.- A mí nunca me has contado qué trataste con él para conseguir/

PURA.- ¿Pero tú te crees que me puedes dar la vuelta a la tortilla así, tan fácil? Si hace diez años no es por él te mueres en la cárcel, Ginés, sí. Bien lo sabe todo el pueblo, que me vio llamando a la puerta de su casa. Con esa humillación me bastó. No tuve que hacer nada más. Tendrás queja tú de mí... Tendrás queja... A ver si vuelve rápido la niña, tengo la boca que pica.

GINÉS.- No os subáis a la sierra, Pura.

PURA.- ¿Qué miedo tienes de que me vaya? Así podrás dejar esa puerta abierta a quien tú quieras, sin que llegue yo a interrumpir tus vicios...

GINÉS.- No sabes ni de qué hablas.

PURA.- Creí que se te había pasado.

GINÉS.- Vino a que le afeitara.

PURA.- Tú a esas horas ya ni sabes coger una navaja, de lo que te tiembla el vino.

GINÉS.- Estás mezclando lo de hace años con tu mala leche/

PURA.- Seis años, hace seis años: no se me ha olvidado. Aquel olía igual que el de anoche. También huía igual... y tú tenías la misma cara de cobarde.

GINÉS.- Estás inventando.

PURA.- ¿Quién era?

GINÉS.- Uno de Masllanas, de cuando la mili. Vino a que le afeitara y como hacía tiempo que no hablábamos le saqué un vaso/

PURA.- Qué mal lo haces, Ginés. Solo te ha salvado que volviera yo tan tarde a casa. Si no...

GINÉS.- Si no, ¿qué? ¿Ibas a encerrarte sin comer, como aquella vez? ¿Tres meses sin salir de casa?

PURA.- Entonces me dio por el silencio, sí, por arrancarme el pelo a oscuras y dejar que mintieras a la niña. Pero esta vez... verás cuando pasen unos días y no volvamos al pueblo. Claro, que para entonces ya habrás invitado aquí a todos los tuyos, los de Masllanas y los que sean.

PURA prepara agua en un puchero para hacer café.

GINÉS.- Si os vais, sí que no va a entrar aquí nadie ya nunca más. Mira al chato.

PURA.- El chato está solo por borracho. Ya quisieras que tu único problema fuera ese...

GINÉS.- Y la mujer poniendo la mano a la salida de misa, así están.

PURA.- ¿Qué sabrás tú de lo que pasa en la iglesia si no la pisas? Otro gallo nos *cantara* si al menos te hubieras vuelto la chaqueta a tiempo, aunque solo fuera los domingos...

GINÉS.- Bah, ya te encargas tú de aparentar lo que no eres. Y mucho te has empeñado, pero de momento no hemos mejorado nada.

PURA.- Ay, si tú ayudarás...

GINÉS.- Yo hago lo que puedo, Pura.

PURA.- No es bastante. No es verdad. Y ahora estamos igual que hace diez años, sin pan... con dos niños más y con la lengua más vieja. Y con tu miseria de anoche.

GINÉS.- Y aun así quieres irte. Y que la gente diga...

PURA.- De la gente me ocupo yo. ¿O ahora me vas a ganar tú en el querer aparentar? Bastante trabajo vas a tener en el círculo como se enteren. Muy rojos, pero a los cojos del ala los dejan en la puerta igualito que hacen los del casino.

GINÉS.- Muy bien: a la mierda la gente. Pero sobre los niños no puedes decidir tú sola.

PURA.- Ah, ¿hoy sí te preocupas por tus hijos? Lo que ellos necesitaban era no ver lo de anoche.

GINÉS.- ¡Anoche no vieron nada! ¡Anoche no pasó nada! Vieron a su madre gritar, gritarme como una loca, eso es lo que/

PURA.- Vieron lo mismo que yo vi, Ginés: una sombra dando tumbos, escapando, riéndose de mí... Y tu vergüenza también la vieron: cómo no les mirabas a la cara. Y tu camisa...

GINÉS.- *(estallando, sin saber cómo se estalla)* ¡Lo que les vendría bien a ellos es no tener una madre histérica, acomplejada, que vive haciendo guardia día y noche, esperando, deseando, ansiosa, que se le cruce algo que despellejar, que descuartizar/!

PURA.- *(subiendo por encima del nivel de voz de GINÉS)* ¿Pero

de qué hablas? ¿Y yo soy la loca? ¿Pero tú te oyes, imbécil? ¿Yo qué voy a descuartizar? Si en esta casa lo único que corta es tuyo...

PURA coge una navaja del aparador de la barbería.

GINÉS.- Pura...

PURA.- O así debería ser... Pero qué va a cortar la navaja de un ser como tú.

PURA se corta ligeramente mientras la conversación continúa. Se corta lo suficiente para que la sangre brote mientras amenaza con la navaja tanto su propio cuello como el cuello de GINÉS. Ella no afecta la herida y deja que las gotas manchen lo que encuentran en su caída. Se diría que no le duele, y contrasta su tono de burla y despreocupación con la aparente violencia de la escena.

GINÉS.- ¡Pura!

PURA.- ¡Anda, pero sí que corta! ¡Atiende: las navajas de Ginés sí que cortan! Entonces va a ser verdad eso que dicen: que no es que él no sepa afilarlas -de hecho, las afila muy bien...-, sino que no tiene lo que hay que tener para hundirlas en la carne... Yo eso ya lo sabía, pero ¿y si ahora se entera todo el pueblo? Si después de lo de anoche me encuentran aquí, manchando de sangre tus colonias, tus trapos de acariciar mejillas viejas... ¿qué iba a pasar contigo, Ginés? 'Se mató en ayunas, de no poder soportar al marica de su marido'. Iba a ser gracioso verte: con dos hijos sin madre, pero sin poder casarte de nuevo, como hizo tu padre, como hizo el mío, porque qué mujer va a querer a Ginés. Menos mal que la mayor ya casi se apaña sola; si no,

con un poco de suerte se la queda mi prima en la sierra para que no se te muera de tuberculosis... Lo malo es el pequeño... Te juro que si no me mato es para que no se quede aquí contigo, aprendiendo de ti el oficio de ser débil... No. Me toca seguir aquí, aguantando para que no me lo conviertas en... en ti. Me toca seguir atenta. Sí: ni dormida descanso, y gracias a eso todavía se te respeta un poco ahí fuera. Pero vas a ser el último, Ginés, yo me voy a ocupar de que mi hijo no/

Entra de la calle el abuelo PEDRO (65)

PEDRO.- ¡Pero hija!

PURA.- Papá, cierra la puerta.

PEDRO.- (*dudando, impresionado*) ¿Qué...?

PURA.- ¡Que cierres la puerta!

GINÉS se lanza a limpiar todas las huellas de sangre que ha dejado PURA. Del mismo modo, ella se cubre la herida con una tela de la barbería, conteniendo la hemorragia.

PEDRO.- ¿Pero qué pasa aquí?

GINÉS.- (*recomponiendo la situación, tanto él como PURA*) No pasa nada, Pedro, tranquilo/

PEDRO.- ¿Y los niños?

PURA.- No están.

PEDRO.- ¿Paquito no está?

GINÉS.- No...

PURA.- Ha dicho la niña que ya se había ido contigo.

PEDRO.- Pero si quedé en venir a por él. ¿Qué te ha pasado, Pura?

FRANCISCO (7) sale lentamente de su escondite, desde el que ha sido testigo de las conversaciones previas. En cuanto inicia su aparición, su presencia se hace evidente para los demás. Quizá, seguramente, con signos de haber llorado.

PURA.- Hijo...

Tras un momento de parálisis, es el abuelo PEDRO quien se acerca a él.

PEDRO.- Paco, hijo. ¿Has descansado bien? A ver esos hombros... Y esos codos y esas muñecas... Ya sabes tú: la caja no se toca con las manos, se toca con las muñecas. A ver, Paquito, mírame a la cara.

GINÉS.- El niño se llama Francisco, por dios. No lo llaméis Paquito.

FEFA (55) se asoma a la puerta de entrada. Lleva un cubo cargado de restos de comida.

FEFA.- ¿Se puede? Como he visto que entraba Pedro, me he dicho...

FEFA se da cuenta de la tensión. Con su llegada, GINÉS acelera su labor de limpieza de todos los signos de discordia. PURA está paralizada, esmerándose en ocultar su herida.

FEFA.- Pura, si quieres vengo más tarde.

PURA.- No. Pasa.

PEDRO.- Buenos días, Fefa. Paco, saluda a la vecina, hijo
(*FRANCISCO no dice nada*).

FEFA.- Como quieras... (*Iniciando poco a poco su camino al*

patio trasero) Es que Don Rubén está muy pesado desde ayer con que quede todo hecho... Y con la que tenemos montada en casa.

PURA.- Ya me contó tu hija...

PEDRO.- (*en paralelo a la conversación de FEFA y PURA*) ¿Te acuerdas del orden? Por la mañana es fácil, ya sabes: la marcha real, el 'nuestro-padre-Jesús' y si se alarga, 'dacapo'.

GINÉS se va con las telas manchadas hacia las habitaciones interiores. FEFA, consciente del mal momento, dilata su presencia para intentar enterarse de lo ocurrido. PURA vuelve a ocuparse del café.

FEFA.- Parece fácil luego, cuando la gente está ya comiendo, pero llevamos dos días que no paramos. Entre lo que ya estaba curado, matar ayer y preparar todo...

PEDRO.- Y a la tarde vamos ya con el repertorio largo: La marcha de Schubert, 'El sitio de Zaragoza', 'La divina pastora' y 'Las lágrimas'. Luego las dos que no tocas, ¿eh? Y después 'La plegaria', 'La Dolorosa' y terminamos con la que te gusta: 'La leyenda del beso'... Paco, ¿me oyes, hijo?

FEFA.- Y que la vida sigue, y hay que pensar en volver a abrir el negocio el miércoles con género fresco... Tú es que no sabes el trabajo que dan los cerdos.

PURA.- Mujer, vivo con uno en el patio, algo sé.

FEFA.- (*Abandonando la escena, hacia el patio*) ¡Si te lo cuido yo, muchacha! Además, este no es como los que matamos para la tienda...

PURA.- Pero caga igual, y su mierda me la trago yo. (*Sigue aunque FEFA no la escuche*) Y se reboza contra mi pared, al otro lado de donde pongo la cabeza al dormir, debajo de la ventana. De vez en cuando, le parto el cepillo en los morros. Eso ayuda. Cuando me come alguna flor de los tiestos, lo hago. Podía comerse las de la enredadera, las azules, que seguro que tienen veneno. Y así no os quedaría otra que llevároslo y decirle a Don Rubén que se ha echado a perder su cerdo, que no se ha desangrado a tiempo...

PEDRO.- Hija, por favor, cállate que te va a oír...

PURA.- ¿Te crees que no es verdad?

PEDRO.- Gracias a que tenéis ahí al bicho, Rubén os cobra más barato el alquiler, ¿no? Pues ya es algo...

FEFA regresa del patio a la cocina. PURA termina de preparar café y se sirve una taza.

FEFA.- Ya está. Os he dejado de sobra, en tres cacharros distintos. Solo tienes que cerrar uno y abrir otro...

PEDRO.- ¿Hay que cambiar a este niño para que vaya al ensayo?

PURA.- ¿Se tiene que poner ya el uniforme?

PEDRO.- No. Luego pasamos, antes de ir a la plaza.

Regresa JUANA con un paquete que le da a su madre. PURA saca un bollo, que parte en dos, dándole un trozo a cada uno de sus hijos. FEFA la observa.

PURA.- (*A JUANA*) Entra a vestir a tu hermano.

PEDRO.- (*A JUANA*) Hija, ¿lo acercas tú directamente al salón, que así voy yendo ya a por la tuba?

JUANA.- Sí.

FEFA.- (*mientras PEDRO va hacia la calle y los dos hermanos se encaminan hacia las habitaciones*) Anda, Paco, que está Andrea nerviosa por ir hoy a verte tocar... Ya me ha dicho que va a coger sitio debajo de la palmera de la plaza.

Quedan solas PURA y FEFA.

FEFA.- Hay que ver qué cariño se tienen.

PURA.- ¿Quién?

FEFA.- Mi nieta y tu niño, mujer, todo el día jugando juntos.

PURA.- Francisco va a empezar a salir menos.

FEFA.- ¿Menos? Pero si el pobre lo poco que se asoma no pasa de estas tres calles. Menos mal que Andrea es igualita, tan buena y tan miedosa.

PURA.- (*Trata de beber el café, que está aún muy caliente*) Tiene que aplicarse, o echar una mano en el trabajo.

FEFA.- Bueno, este año te trae ya el sueldo de la banda.

PURA.- Eso no es nada.

FEFA.- Pura, ¿tú estás bien?

PURA.- ¿Cómo quieres que esté?

FEFA.- Pues estás rara, como poco.

PURA.- Me hace falta un café para estar normal.

FEFA.- Tú sabes que a nosotros nos puedes pedir lo que sea. (*Silencio de PURA*) Que al final... pues chica, vivimos en la misma calle, venimos todos de lo mismo, y com-

partiendo las penas saben a menos, qué quieres que te diga...

PURA.- (*decidiendo por fin responder claramente. Con más derrotada que acritud*) No, Fefa, de lo mismo no venimos. A lo mejor cuando tu hija y yo teníamos quince años y cosíamos juntas al pie del caño éramos todos parecidos. Pero ahora ya no venimos del mismo lado. Tu Tomás hoy mata dos cerdos porque ayer matasteis uno y os vino a comprar la gente. Anteayer solo matabais uno al mes, pero alguien os diría que criarais más y empezarais a vender, ¿o no? Ese día en que a la gente dejó de importarle, de darle asco que vuestra casa oliera a sangre y a mierda de cerdo, ahí dejamos de venir del mismo sitio.

FEFA.- A lo mejor necesitas quitarte un poco el rencor. Si no, el esfuerzo no luce.

PURA.- Lo único que necesito es tomarme este café tranquila. Y bajar pronto al almacén a por más alpargatas para coser. Ahora las coso dentro de casa, ya ves, pero ahí seguimos.

Vuelven JUANA y FRANCISCO.

FEFA.- Hoy es fiesta. Date un respiro, mujer.

PURA.- Vamos a dejarlo, Fefa.

FEFA.- Como quieras. Luego os veo.

FEFA sale de la casa. JUANA y FRANCISCO la siguen, pero antes de salir, PURA les detiene.

PURA.- Espera. Paco, ven aquí. (*El niño se acerca. PURA se agacha y le toma por un brazo, sin soltar la taza de café*)

Hoy te va a ver todo el pueblo, ya lo sabes. Si te da vergüenza, tú no te preocupes: es la nuestra, la que te ha tocado por nacer en esta casa. Pero con el tiempo se te quitará, ya verás, porque tú eres más listo. Lo serás, seguro. Así que si quieres que un día no te dé miedo salir por esa puerta, mejor que no te parezcas a nosotros. Será la única manera de que tengas algo que llevarte a la boca. *(Da por zanjada la conversación bebiendo de un trago el café).*

JUANA.- ¡Mamá, ese café está abrasando!

PURA.- Da igual. Hay prisa. Tú y yo tenemos que bajar ya al almacén, antes de que se monte más circo en la calle.

JUANA.- ¿Pero va a estar abierto?

PURA.- Abren ahora por la mañana y ya hasta el miércoles nada, así que si queremos sacar tarea estos días...

JUANA.- Iba a acompañarlo al ensayo...

PURA.- Lo dejamos allí de camino. Me cambio y salimos.

PURA se va hacia su habitación. Por el camino, se cruza con GINÉS, que vuelve hacia la cocina. Los niños están en la barbería, y no se percatan de que su padre les observa desde un rincón de la cocina.

JUANA.- *(Cariñosa, jugando, haciendo referencia a algún rincón de la casa).* ¿Entonces no se ha escapado nadie de la guarida? *(FRANCISCO niega con la cabeza).* Vale, pero ya sabes que no hace falta que te vengas a vigilar, que durante la noche la trampilla se queda cerrada y el tesoro está a salvo. *(Él asiente, culpable).* Pero chico, alegra esa cara... ¡Que hoy vamos a cenar con la tía, que

baja para verte en la procesión! Nos vamos a poner las dos justo detrás de la banda; como vas tú en la última fila, cerrando... ¡Y a presumir! ¡Nuestro Paco, en la banda! ¿Qué, estás nervioso?

FRANCISCO.- Sí.

JUANA.- (*Aliviada al oírle por fin hablar*) Bueno, es normal, es un día importante. Pero tú lo vas a hacer muy muy bien. Y me han dicho que luego convidan a los de la banda... ¡a roscos de anís! ¿Me darás uno, que yo los pruebe?

FRANCISCO.- Sí.

JUANA.- Y si la tía trae higos, mañana podemos hacer arrope, ¿sí? Y mientras se esté cociendo te voy a contar la última de Ruedalabola, que... ¡Pero qué tonta, qué digo de mañana! Si mañana tienes la diana, y pasado, igual... Vaya madrugones que te vas a pegar todos los días, ¿eh, señor tambor...?

FRANCISCO.- ¿Entonces no vas a hacer arrope?

JUANA.- Lo hacemos el martes, cuando prepare la masa del pan... Y te dejaré meter las manos, sin que te vea ella... (*Por su madre. FRANCISCO sonríe*) Oye, el dibujo del otro día, ¿se lo has enseñado ya a los papás?

JUANA se refiere al dibujo señalando el lugar donde había estado escondido FRANCISCO al inicio de la escena. Por eso, GINÉS se desmarca para buscar el dibujo. Al mismo tiempo, vuelve Pura de la habitación, lista para salir a la calle.

PURA.- Vámonos.

GINÉS.- (*Descubriendo y tomando el dibujo*) Yo llevo al niño. Id vosotras directas al almacén.

PURA.- No. Lo llevo yo.

GINÉS.- Por dios, Pura, déjame llevar a mi hijo el día en que se estrena en la feria.

PURA.- (*Aceptando*) Pues ya vais tarde.

GINÉS.- Salimos en un minuto, tranquila.

PURA desconfiá un instante. Después, inicia la marcha, junto con JUANA.

GINÉS.- Pura, ¿qué harás por fin?

PURA.- El día es muy largo.

JUANA.- (*cómplice*) Hasta luego, Paco.

PURA y JUANA se van.

GINÉS.- Hijo, tú te llamas Francisco. No dejes que te cambien el nombre. A veces es complicado, y con alguna gente, muy difícil. Pero tu nombre es Francisco y no debes dejar que te llamen de otra manera, ¿me entiendes? (*FRANCISCO asiente*) A ver, ¿y este dibujo que tenías ahí guardado? Yo no sabía que pintabas así de bien. ¿Qué palmera es esta? ¿La has copiado del libro de las plantas?

FRANCISCO.- La de la plaza.

GINÉS.- ¿La de la...? ¿Entonces esto es la plaza?

FRANCISCO.- Sí...

GINÉS.- ¿La plaza grande, la de la iglesia?

FRANCISCO.- Sí...

GINÉS.- Pues es verdad, muy bien pintada. Pero entonces falta el ficus.

FRANCISCO.- Está ahí (*señalando en el dibujo*).

GINÉS.- Anda, qué chico... Pero si el ficus es más alto que la palmera.

FRANCISCO.- A mí me gusta más la palmera.

GINÉS.- Pero el ficus es muy importante, no lo puedes dejar así, que es el emblema del pueblo. ¿Sabes por qué? Dicen que cuando llegaron los romanos iban buscando el lugar donde se escondieran las mejores aguas del Imperio. Como no podían abrir todo el suelo, fueron enterrando semillas de higo cada cien pasos que avanzaban, desde el Monte Groño hasta debajo de Masllanas, y siguieron hacia el sur. Al año siguiente, cuando volvieron, se fueron encontrando por el camino brotes pequeñitos, pero cuando llegaron aquí vieron que de las semillas había nacido una higuera portentosa, que creció y creció por encima de todas las demás. Por eso se quedaron aquí, hicieron las termas y fundaron el pueblo de 'Los Baños' alrededor del árbol.

FRANCISCO.- ¿Y es el mismo árbol?

GINÉS.- Claro que sí. Ahí sigue, centenario, y hoy tú vas a tocar a su sombra, nada menos. Así que ahora, venga, a ensayar, que sin el caja no se puede tocar ni un paso-doble.

FRANCISCO.- Papá.

GINÉS.- (*iniciando con FRANCISCO el camino hacia la puerta*)
¿Qué?

FRANCISCO.- ¿Quién era el señor de anoche?

GINÉS.- ¿Qué señor de anoche?

FRANCISCO.- El que sudaba, el que salió cuando llegábamos la mamá, la hermana y yo.

GINÉS.- (*Queriendo jugar como JUANA*) Pues... a lo mejor era un ladrón que venía a por el tesoro ese que tenéis escondido, pero lo echamos antes de que descubriera la guarida.

FRANCISCO.- (*Tras un segundo de reflexión*) No. No era eso.

GINÉS.- No. No era eso. Vámonos, hijo.

Salen.

ENTREACTO I

Entran cinco cerdos en la casa vacía. Sus cuerpos están plagados de bultos, como tumores internos que se manifiestan en forma de protuberancias exageradas, monstruosas.

Actúan con normalidad hasta llegar al centro de la escena. Allí, los animales comienzan a sufrir una especie de temblor, como si los tumores les hubieran llegado de repente al cerebro y les provocaran un ataque que va siendo cada vez más violento, hasta llevarles a caer al suelo y morir entre espasmos.

Cuando parecen inertes, rompen su quietud poniéndose de nuevo en pie, como si nada hubiera ocurrido. Era simplemente teatro. Satisfechos, los cerdos salen de escena con la misma normalidad y parsimonia con que entraron.

ACTO II

Un sábado de 1976, a mediodía.

La antigua barbería ha sido reconvertida en recibidor, aunque por comodidad se viene usando como salón-comedor, hasta llegar a tener televisión. Ya no hay manta ni puerta que separe los dos espacios que componen la escena, sino una leve cortina que está siempre plegada.

En la que sigue siendo la cocina, JUANA (36) está guisando en el momento en que GINÉS (61) y FRANCISCO (31) entran en la vivienda. FRANCISCO viene con un bolso grande de viaje y lo que parece ser un cuadro envuelto en papel.

GINÉS.- *(abriendo la puerta y accediendo acompañado de FRANCISCO, que aunque presta atención a su padre, observa analítico el hogar familiar)* ...y yo 'que no, que no me monto'. Ahí en el andén de Gran Vía, sudando de miedo, con lo que sudo yo... Y ellos: que si había conseguido bajar, ya no podía echarme atrás. '¡Que no me meto ahí, coño!' *(Ríe)* Bueno, pues ese día no me monté.

FRANCISCO.- ¿No entraste?

GINÉS.- Al día siguiente. *(Riéndose de sí mismo)* Me pasé la noche cabreado. Porque claro, ellos sí que cogieron el tren y se fueron a Las Ventas. Y yo, de amor propio, me volví a la pensión. Podía haber cogido un bus, o hasta

ir andando, que a mí me encantaba caminar por Madrid, pero me metí en la pensión. Me cago en la leche, me sentía... No quise ni que me contaran de la corrida. Luego resulta que ni entraron en la plaza ni nada, pero aun así yo a la mañana siguiente les suelto: 'esta tarde volvemos a bajar, pago yo el ascensor, entro al metro y os invito a una cerveza delante de la plaza de toros'...

JUANA.- (*acercándose a saludar*) Uy, qué contento viene el enfermo...

FRANCISCO.- (*saludando a JUANA*) Hermana...

JUANA.- Francisco...

GINÉS.- ...y luego no era para tanto. Daba miedo, por el túnel y eso, pero mejor el movimiento que estar quieto en la estación pensando que se te cae la ciudad encima.

JUANA.- ¿Pero tú vienes del hospital o del bar del círculo?

GINÉS.- Ahora ya no tendrá nada que ver. Lo habrán mejorado...

FRANCISCO.- Bueno, supongo que le han metido más luz y así no da tanto miedo.

GINÉS.- Claro...

FRANCISCO.- Pero el de Londres sí que es distinto. Va mucho más rápido. Yo el día que llegué y lo cogí, casi me mareaba. Frena muy tarde y abre las puertas cuando todavía no está parado. Así que la gente...

Interrumpe a FRANCISCO el ligero desplome de GINÉS en uno de los sofás.

JUANA.- ¡Papá!

GINÉS.- (*rodeado de sus dos hijos*) Nada, nada. Demasiado he aguantado de pie...

FRANCISCO Y JUANA.- ¿Estás bien?

GINÉS.- Sí...

FRANCISCO.- ¿Te mareas?

GINÉS.- Como en el metro, ¿no? Que no, que estoy bien. Si en el autobús no me he mareado, me voy a marear ahora en mi casa...

JUANA.- ¿Cómo ha ido?

FRANCISCO.- Ha salido muy entero. Dicen que está reaccionando bien, que hay quien sale mucho más tocado.

GINÉS.- Sí, pero del tumor no dicen nada.

FRANCISCO.- Es que no pueden decir nada, papá. Hay que esperar a que pasen las sesiones para volver a diagnosticar... Y muchas veces lo primero que se ve no es fiable; depende del tipo de reacción que haya tenido estos días...

PURA (61).- (*Acercándose por la cocina, donde ha entrado desde las habitaciones al oír el susto de JUANA*). Pues sí que te ha dado tiempo a ponerte al día, con una mañana que has ido...

FRANCISCO.- (*Yendo a saludarla*). Hola, mamá.

PURA.- (*A los dos recién llegados*). ¿Qué, qué tal?

GINÉS.- (*Irónico*). No han podido hacer nada: vuelvo igual de pobre y de cabrón.

PURA.- (*A FRANCISCO, también irónica, mientras vuelve a las tareas de cocina con JUANA*). ¿Te han dejado entrar en el clínico con esa pinta?

FRANCISCO.- (*Tratando de imitar la ironía de su padre*). Sí. He tenido que entrar por psiquiatría para pasar inadvertido y luego ya dentro he subido hasta oncología.

JUANA.- (*Riendo la broma de su hermano*) Les podías haber hablado en inglés, decirles que eras un yanqui importante, así te hubieran abierto todas las puertas...

FRANCISCO.- Yo no hablo inglés, hermana. ¿Qué estáis haciendo?

JUANA.- Arroz con conejo.

PURA.- Pues si no hablas inglés, ¿qué haces en Londres?

FRANCISCO.- Con conejo... ¡y caracoles! Qué rico...

JUANA.- A ver, ¿cómo que no hablas inglés? ¿Pero entonces de qué presumo yo en el pueblo?

FRANCISCO.- Yo de momento solo lo chapurreo e intento comprender lo que dice la gente.

PURA.- ¿Y para trabajar?

FRANCISCO.- Doy clases de español. Y al salir, pinto, y como mucho me junto con pintores españoles.

GINÉS.- ¡Dale el cuadro! (*Reticente, FRANCISCO toma el cuadro que ha traído y se lo ofrece a su madre*) ¡Qué ganas de verlo! Toda la mañana dando vueltas cargados con el cuadro. Pero como era para ti, pues no me ha dejado abrirlo.

FRANCISCO.- No inventes, papá: es para los dos. (*GINÉS*

reprende a su hijo tácitamente por truncar su intento de que Pura se congregate con él)

PURA.- *(A GINÉS, mientras abre el envoltorio del cuadro)* Tú, más que vueltas por la ciudad, me parece a mí que lo que te has dado es un buen homenaje...

GINÉS.- Nada: una cerveza para celebrar que por esta semana se acabaron las quemaduras... y que mi hijo ha venido de Inglaterra.

JUANA.- *(acercándose a ver el cuadro)* Pues... muy bonito, artista.

PURA.- ¿Qué es?

FRANCISCO.- Una palmera. *(Señalando en el cuadro)* Aquí.

PURA.- Muchos colores...

FRANCISCO.- Sí...

PURA.- *(A GINÉS, a quien le da el cuadro)* Como ahora no comas, con las cervezas esas...

GINÉS.- ¡Que sí como, coño...! Me gusta mucho, Francisco. Lo colgaremos.

FRANCISCO.- Entro a dejar todo esto y refrescarme un poco. *(Coge su bolso y el papel de envolver y va hacia las habitaciones)*. Podéis tirarlo, si queréis. O hacer leña. Aunque las palmeras arden bastante mal, creo...

FRANCISCO entra a las habitaciones. Breve silencio del resto.

JUANA.- *(Gritando hacia las habitaciones)*. Pasa tú a la alcoba grande, que desde lo de papá hemos tenido que cambiar colchones y ahí estarás mejor.

PURA.- No has traído nada de embutido.

JUANA.- Ni falta que hace. ¿Tú has visto la cantidad de arroz que vamos a hacer?

PURA.- Da igual. Para un día que nos juntamos todos, tenía que haber embutido.

JUANA.- Bueno, mamá, pues lo deberías haber pensado antes. ¿Tienes limones?

PURA.- Yo ya estuve ayer cociendo los michirones y he preparado la ensalada. Y decías que de la comida de hoy te ocupabas tú...

JUANA.- (*irónica*) Pero como yo ya sabía que ibas a hacer unos riquísimos michirones para tu hijo, pues he pensado que con el arroz bastaba, que nos va a sobrar comida. ¿Tienes limones o no?

PURA.- ¿Qué más da que sobre? El embutido se pone igual.

GINÉS.- Que va a estar bien como está, mujer. No creo que nadie se quede con hambre.

PURA.- Pues tu hijo tiene pinta de quedarse con hambre a diario.

GINÉS.- Yo lo veo bien.

PURA.- Bien flaco.

JUANA.- Mamá, Francisco está sano, se le ve bien, no le des la murga...

PURA.- Bueno, dejadme que diga lo que veo, ¿no? Que estoy en mi casa... y es mi hijo... Y tú no has traído embutido. Y no hay limones (*A GINÉS*) ¿Tú qué vas a poder comer de todo esto?

GINÉS.- No sé... Luego veré.

PURA.- Si te han entrado las cervezas, supongo que podrás comer de todo...

*Entran desde la calle ANTONIO (40) y sus hijos ENCARNA-
NACIÓN (11) y ANDRÉS (8).*

ANTONIO.- *(a su hijo)* Venga, Andrés, coño, que parece que te tienes que quedar siempre atrás, no me jodas.

ENCARNA.- ¡Hola!

ANTONIO.- Hola, familia.

GINÉS.- ¿Dónde están mis nietos?

ENCARNA.- *(Sin hacer caso a su abuelo, al que sí saluda ANDRÉS)* ¡¿Y el tito?!

GINÉS.- Está ahí dentro, ahora saldrá.

ANTONIO.- ¿Qué? ¿Cómo vamos, Ginés?

JUANA.- *(Ante el movimiento de ENCARNA hacia las habitaciones, que desoye a su madre y va al encuentro de su tío)* Hija, por dios, espérate un momento.

GINÉS.- Nada, ahí va la cosa. Igual.

ANTONIO.- *(acercándose a besar a su mujer)* ¿Qué hay de comer?

JUANA.- Estoy haciendo el arroz de tu madre.

ANDRÉS.- *(En tono confidente a su abuelo mostrándole una ramita de ficus que trae en la mano)* Se ha caído una rama del ficus.

GINÉS.- *(confidente también)* ¿Del ficus de la plaza?

ANDRÉS.- Sí.

GINÉS.- ¿De nuestro ficus?

ANDRÉS.- Sí.

GINÉS.- ¡Pero bueno! ¿Y cómo ha sido eso?

ANDRÉS.- Yo creo que es por lo tuyo, abuelo.

GINÉS.- (*sorprendido*) ¿Cómo?

ANDRÉS.- Está malo, como tú, y se le caen las ramas.

ANTONIO.- ¿Hay fiambre para picar?

PURA.- (*resarcida, mientras su hija regaña con la mirada a ANTONIO*) No. No hay.

GINÉS.- (*tratando de recomponer el juego*) Pero a ver, ¿esto es todo lo que se ha caído?

ANDRÉS.- No, una mucho más grande. Lo he visto ahora cuando veníamos el papá y yo.

GINÉS.- Antonio, ¿se ha caído una rama del ficus de la plaza o qué dice el niño?

ANTONIO.- Ah, sí. La que tapaba lo de Rubén. Nada, pero no ha pasado nada. Tenía que caerse: pesaba mucho y estaba muy baja. Juana, yo en casa de mi madre tengo embutido de sobra, puedo acercarme... (*Desiste al comprender la nueva mirada de reproche de JUANA*).

GINÉS.- ¿Lo vemos en el libro de las plantas y me dices qué parte se ha caído?

ANDRÉS.- Vale. (*GINÉS se levanta con dificultad y va a buscar el libro referido, acompañado de su nieto*)

ANTONIO.- (*señalando el cuadro*) ¿Y esto?

JUANA.- De Francisco.

ANTONIO.- Joder... ¿Es una broma, no?

JUANA.- *(De nuevo, con algo de reproche).* Antonio...

ANDRÉS.- A lo mejor también pone en el libro algo de lo tuyo, abuelo.

GINÉS.- Bueno, lo miramos *(tomando el libro)*.

JUANA.- *(observando el movimiento de su padre)* Papá, quizá no estés tú para tanto meneo, ¿no?

GINÉS.- Deja, que estoy bien. Salgo al patio, a que me dé el aire. Me cuida Andrés, ¿a que sí?

Abuelo y nieto desaparecen de escena camino del patio trasero.

ANTONIO.- *(A PURA)* No se le ve mal a tu Ginés. *(Pura no responde)*

JUANA.- Se le nota el miedo en los ojos, no lo puede evitar.

PURA.- Sí, con el cáncer se le ve más el miedo. Parecía que los años le habían llevado la cobardía, y mira... Lo que yo digo: el que no está por cambiar no lo hará nunca, por mucho que se disfrace...

JUANA.- Ni que te alegraras de que esté enfermo...

PURA.- Alegrarme... No hay tiempo ni para eso, hija, se me va el tiempo en limpiarle, en quitarle las fiebres... y en lavar almohadones tosidos de sangre. ¿Qué sabrás tú?

ANTONIO.- Venga, Pura, no veas las cosas tan negras, mira qué garabatos tan bonitos te ha traído tu hijo. *(Cogiendo el cuadro, irónico)* ¿Eh? Cuántos colores... ¡para endulzarte las penas!

JUANA.- (*Sin poder evitar reír el sarcasmo de ANTONIO, igual que hace PURA*) ¡Antonio!

ANTONIO.- Mujer, pero si estoy aquí admirando el arte de tu hermano... Mejor que me haga reír que llorar, ¿no? Además, ¿esto no es un payaso?

PURA.- (*Riendo*). Dice que es una palmera.

ANTONIO.- ¿Aquí? ¿Pero lo rojo o lo negro? ¿Una palmera? Yo aquí, perdóname, Pura, pero veo un payaso, ¿eh?

PURA.- Debe ser que en Londres son así las palmeras.

FRANCISCO y ENCARNA regresan de las habitaciones.

ANTONIO.- (*dejando el cuadro donde estaba*) ¡Paco!

FRANCISCO.- (*saludándole*) Cuñado...

ANTONIO.- (*aguantando el saludo, irónicamente hiriente*) A ver, que dice tu madre que si eres tú el que va poniendo las bombas esas en Londres... (*Sin respuesta de FRANCISCO ni reproche de JUANA*) Nada, hombre, con esa pinta de hippie no pasas por terrorista, la verdad...

FRANCISCO.- (*incómodo, inerme*) No, ¿eh?

ENCARNA.- Mira, mamá, lo que me ha traído el tito (*enseñando una moneda*). ¡Una moneda con un cerdo!

JUANA.- Anda. ¿Y eso cuánto vale?

FRANCISCO.- Nada, son 10 peniques, como 12 pesetas. Pero me hizo gracia lo del cerdo, no sé...

ANTONIO.- No nos sacas de pobre, ¿eh, Paco/?

FRANCISCO.- Oye, pero entonces ¿duermo con papá?

JUANA.- Sí, así estaréis más a gusto con las dos camas. Si quieres puedes venir a nuestra casa, pero/

FRANCISCO.- No, no, duermo aquí con el papá, claro.

PURA.- ¿No les has traído regalo a los niños?

JUANA.- (*Ante el silencio de FRANCISCO*) No había que traer nada. No era para eso el viaje...

PURA.- Tampoco quita una cosa para la otra.

FRANCISCO.- Mamá...

ANTONIO.- (*Resolviendo la tensión*) Va, venga, un vino, Paco, que al arroz le queda un rato. (*Toma una botella de la cocina*) Mira, este vino lo hace mi madre cada año. Aquí don Ginés no le hace mucho caso, así que... (*Sirve dos vasos*). Pues agárrate: ¿sabes quién me preguntó el otro día por ti?

FRANCISCO.- ¿Quién?

ANTONIO.- Andrea, la de Tomás, la de los Casqueros. (*Espera a ver la reacción de FRANCISCO*) Chico, medio pueblo daría el cuello por que la 'Casquera' preguntara por él, y tú ni te inmutas.

PURA.- ¿Te dijo algo de él?

ANTONIO.- Bueno, como sabía lo de Ginés -por su familia y eso, ¿eh?, que yo no voy por ahí contando nada-pues me preguntó por todos, (*a FRANCISCO*) y por ti también.

FRANCISCO.- Ah. ¿Y está bien?

ANTONIO.- ¿Que si está bien? Joder, se nota que hace mucho que no la ves... Vaya pareja hacíais de niños,

todo el día juntos. Ahora es un poco como tú. Si por ella fuera, se habría marchado por ahí, a tu estilo, pero a la familia le está yendo bien aquí y al final se quedará... Se han convertido en unos señoritos de pueblo, los Casqueros... Y tú por lo visto nos has salido de ciudad, ¿eh?

FRANCISCO.- ¿Tan bien les va?

ANTONIO.- Coño, Paco, ni que hiciera veinte años que no vuelves... (A JUANA) ¿Cuánto hace que se construyeron la casa abajo en la huerta los Casqueros?

PURA.- (adelantándose a JUANA en la respuesta) Siete años.

ANTONIO.- Siete años.

FRANCISCO.- ¿Y la casa de ahí atrás?

ANTONIO.- ¡Ja! Esos se han olvidado ya de vivir aquí. Con decirte que no quieren que les llamen Casqueros...

JUANA.- Casqueros son y serán toda la vida.

ANTONIO.- ‘Los baños’ han llamado a la empresa.

FRANCISCO.- ¿Le han puesto nombre a la carnicería?

ANTONIO.- Hombre, se puede entender. Para vender carne por toda España, llamarte ‘Casquero’ no ayuda mucho. Te pones el nombre del pueblo, y si te sale bien, quedas como dios entre los tuyos.

JUANA.- Menudos listos...

ANTONIO.- Bueno, entonces si la vuelvo a ver, ¿qué le digo? A la Andrea, me refiero. ¿Le doy recuerdos tuyos? ¿Le regalo una de esas pulseritas que llevas? Digo yo que le pegarán a ella más que a ti, ¿no? Anda, que...

PURA.- (*A FRANCISCO*) Lo que tenías que hacer es ir esta tarde allí abajo a hablar con ella.

FRANCISCO.- ¿Pero qué dices, mamá?

PURA.- Soltera está, como tú. ¿No te estuvo rondando hace un tiempo? Pues vas por allí a saludar y/

FRANCISCO.- ‘Rondando hace un tiempo’... Hace más de 10 años.

ANTONIO.- ¡No me jodas! ¿Tú, con la Andrea? Pero bueno, Paco, ¿y la mandaste a paseo? No te lo puedo creer... (*Socarrón pero no hiriente*) ¡O eres tonto o eres marica!

FRANCISCO.- (*riendo*) Me pilló en mal momento, cuñado. Tenía yo más ganas de salir de aquí que otra cosa.

JUANA.- Pero si se encaprichó cuando supo que te ibas a meter al seminario. A buenas horas...

ANTONIO.- ¡Coño, es verdad! Si es que viéndote ahora cualquiera diría que vestiste sotanas...

PURA.- Pues vas y le dices la verdad, que no aguantaste ni tres meses en el seminario. Que vea que/

FRANCISCO.- Mamá, por dios, que hace una vida de aquello.

PURA.- Me da lo mismo: se acuerda de ti, ¿no? Pues aprovecha la ocasión. No vas a tener otra ya.

FRANCISCO.- Pero ¿tú te oyes?

PURA.- ¿Qué pasa, que no quieres casarte?

FRANCISCO.- Haré lo que me dé la gana.

PURA.- Se te empieza a pasar la edad de poder hacer lo que te dé la gana. Tu hermana a tus años ya había parido a estos dos.

FRANCISCO.- Será que ella escuchó mejor tus consejos.

PURA.- Claro. Por eso no la llamas nunca, ¿no/?

JUANA.- Ya basta/.

PURA.- No se te vaya a pegar algo de ella.

JUANA.- Mamá, no hacía falta/

PURA.- ¿Es que no me lo dijiste tú el otro día, que no te llamaba desde antes de irse a Londres?

JUANA.- Sí...

PURA.- Pues eso.

Breve silencio.

ANTONIO.- Joder, Paco, me tienes maravillado. Pero me quito el sombrero, chico. Le dijiste que no a la Andrea y al final conseguiste lo que querías: ahora estás bien lejos de casa y ni te acuerdas de tu amiga la Casquera.

ENCARNA.- Tito, ¿ibas a ser cura?

FRANCISCO.- Sí. Fue la salida que encontré para escaparme de aquí. Pero tranquila, se me pasó pronto la fe, por suerte. Imagínate... (*Hace un gesto de broma a ENCARNA como si la bendijera.*)

ANTONIO.- Cuidado, Paco, que aquí no todos somos tan librepensadores como tú.

ENCARNA.- Si fueras tú el cura de aquí sería mucho más divertido ir a misa.

JUANA.- Encarna, calla, anda...

PURA.- Tiene razón la niña. Al menos estarías en el pueblo...

JUANA.- Mamá, por favor, ya vale. Francisco tiene su vida fuera y tú no vas a cambiar eso/

PURA.- (*A JUANA, a pesar de desafiar a FRANCISCO*) ¿Qué vida? Mírale. En Londres, sin ganar una perra, sin hablar con la gente, sin planes, sin futuro... Y encima malvive pintando las palmeras de su pueblo. ¡Para eso, que se quede aquí y las pinta con sus colores de verdad!

FRANCISCO.- (*señalando el cuadro, torpemente exaltado*) ¡Es que esos son sus colores de verdad! ¿No te das cuenta? Míralo bien... Si la pintara al natural, ya no sería la palmera de Los Baños, sería cualquier palmera...

PURA.- Está claro que...

FRANCISCO.- ¿Que qué, mamá?

PURA.- Que nada...

FRANCISCO.- ¡¿Que qué?!

JUANA.- ¡Vale, Francisco, por favor!

ANTONIO.- No te lo tomes así, Paco, hombre. No me negarás que un poco sí que echas de menos todo esto.

FRANCISCO.- ¿Esto? (*refiriéndose a su madre, a la situación*)
¿Echar de menos esto?

ANTONIO.- Chico, algo te gustará de tu pueblo, ¿no?

JUANA.- Antonio, dejemos la cosa, de verdad.

ANTONIO.- (*irónico*) Además, ahora que se ha muerto tu tocayo, las cosas por aquí van a estar muchísimo mejor para volver, o eso dicen... Para ti, seguro que sí/

FRANCISCO.- Mira: la cocina de mi hermana. El arroz con caracoles que nos vamos a comer, hecho por la Juana. Eso echo de menos.

ANTONIO.- Ya es algo.

FRANCISCO.- Y el morcón. Y los roscos de anís.

ANTONIO.- ¡Coño! Pues los roscos porque no es época, ¡pero ahora mismo te traigo yo morcón, blanco y salchicha, me cago en la leche!

JUANA.- (*a su madre*) Al final te has salido con la tuya.

FRANCISCO.- Que no, hombre, Antonio, que no hace falta. Que era solo por/

PURA.- Pues si tanto echas de menos a tu hermana, llámala de vez en cuando, aunque solo sea para pedirle la receta, que vea que la quieres algo. Si no, va a acabar pareciendo que la desprecias tanto como a mí

ANTONIO.- Bueno, bueno, venga: vamos un segundo con el coche a casa de mi madre, que sí, a ver si con el embutido te convencemos para que vengas más...

FRANCISCO.- Pero si ya va a estar la comida...

JUANA.- Os da tiempo. El arroz tarda todavía un poco. Así nos relajamos una pizca por aquí. Y Encarna se va con vosotros.

ANTONIO.- Hala.

Al mismo tiempo que FRANCISCO y ANTONIO se preparan para salir, GINÉS se asoma a la cocina.

GINÉS.- Oye, hija, ¿vosotros qué le habéis dicho al niño de lo mío?

JUANA.- (*sorprendida*) Pues ¿qué le vamos a haber dicho, papá? Que estás malo y que te están curando.

GINÉS.- Me está preguntando por el cobalto y las quemaduras...

ANTONIO.- ¿Qué quieres, Ginés? Nos oye hablar y es normal que el crío/

GINÉS.- ¿Pero no veis que es muy pequeño, que se afecta mucho y todo lo pregunta?

JUANA.- Qué le vamos a hacer, papá.

GINÉS.- Joder...

ENCARNA.- El otro día preguntó por qué le habíais puesto al tito el nombre de Franco.

PURA.- (*expresando la sorpresa que a todos le ha producido la intervención de ENCARNA*) ¿Qué?

JUANA.- Encarna, hija, ¿por qué no te callarás?

GINÉS.- ¡Francisco era el nombre de mi padre! Ese nombre existía mucho antes de que llegara el cabrón de Franco...

ANTONIO.- Bueno, va, tengamos la fiesta en paz.

GINÉS.- Los nombres no le pertenecen a nadie, y menos a ese hijo de puta. Yo le puse a mi hijo Francisco precisamente para recordar que también puede haber gente buena que se llame/

ANTONIO.- (*ofendido por el punto de vista de GINÉS*) ¡Abuelo, ya basta!

JUANA.- Venga, papá, vamos a tranquilizarnos, que es una tontería...

GINÉS.- (*medio abatido*) No es ninguna tontería. Porque si el niño dice eso es porque a alguien se lo escucha...

ANTONIO.- (*a FRANCISCO*) Vamos a por ese embutido antes de que se pase el arroz.

JUANA.- Encarna, te traes una de las cajas de limones que dejamos allí el otro día, anda.

ENCARNA.- No. Yo me quedo ya aquí.

JUANA.- (*a ANTONIO*) ¿Tú sabes las cajas que digo?

ANTONIO.- No.

JUANA.- Las que trajimos de la finca de tu madre/

ANTONIO.- (*Mientras sale, acompañado de FRANCISCO*). Ni idea. Si quieres los limones, te vienes en el coche y lo traemos todo.

JUANA.- Encarna, por favor...

ENCARNA.- Que no voy, que ya he estado toda la mañana con el papá para arriba y para abajo...

JUANA.- (*renunciando*) Mamá, ¿vigilas tú el arroz? No hay que tocar nada. En cinco minutos, apagarlo y dejarlo un poco que repose.

PURA.- Vaya preguntas...

JUANA.- Tápalo con los paños esos que he traído, que son más grandes... ¡Antonio!

JUANA sale a la calle detrás de su marido y su hermano. Quedan GINÉS, ENCARNA y PURA, que cuidará del arroz hasta el final de la escena. Hay un momento de silencio.

ENCARNA.- ¿Por qué no os gusta que el tito sea así?

GINÉS.- (*ofendido*) ¿Así como?

PURA.- A ver si al final la de las preguntitas vas a ser tú y no tu hermano...

JUANA.- No sé. Pues que le habláis como si fuera distinto, o... No sé.

GINÉS.- Hija, en el fondo todos somos distintos. Y eso es bueno. Siempre que no nos empeñemos en que los demás sean como nosotros queremos que sean.

PURA no consigue ocultar la risa que le producen las palabras de GINÉS.

ENCARNA.- Papá dice que el tito vive en Londres porque no le gusta cómo somos nosotros.

GINÉS.- ¡Pero...! No... A ver...

PURA.- Pues algo de eso habrá, claro.

GINÉS.- (*A PURA*) ¿Te quieres callar, tú? (*A ENCARNA*) Las cosas no son así. ¿A ti ahora te gusta el pueblo, verdad?

ENCARNA.- Sí.

GINÉS.- Claro, pero cuando seas mayor, a lo mejor también querrás salir a ver el mundo, a conocer gente nueva, a probar otras cosas...

PURA.- (*Casi sin ser oída*) Siempre que no te dé por humillar a los tuyos.

ENCARNA.- (*A su ABUELO*) ¿Y si no me gustan?

GINÉS.- Bueno, pues siempre puedes volver... o intentarlo en otro sitio.

ENCARNA.- ¿Cómo el tito en el seminario?

GINÉS.- (*Sorprendido*) Eh... sí. O como ahora: que se va a volver a España. Londres ya no le gusta, y va a volver a Madrid/

ANDRÉS vuelve del patio; trae consigo unas cuantas flores azules sobre el libro.

ANDRÉS.- ¿Así vale?

GINÉS.- Sí, hombre, con una bastaba...

PURA.- ¿Qué es eso de que se va a volver a Madrid?

GINÉS.- (*A PURA*) Pues eso, que lleva un tiempo allí que no le salen las cuentas, y dice que es muy gris aquello o no sé qué... Así que cuando aterrizó ayer en Madrid pensó que se va a volver.

PURA.- A Madrid...

GINÉS.- Sí... (*GINÉS se sienta con ANDRÉS, y toma el libro para enseñarle a su nieto*) Mira, lee aquí.

ANDRÉS.- Con... Convo... Convol...

GINÉS.- ‘Convolvuláceas’, es que la palabra se las trae, ¿eh? Lee mejor esto.

ANDRÉS.- Bella... de... Bella de día.

GINÉS.- Eso es. Así la llamamos nosotros, porque se pone guapa de día y se cierra por la noche. Pero es importante saber también el nombre latino. Aquí dice que ‘convolver’ significa envolver, entrelazar, enredar...

ANDRÉS.- ¡Porque es una enredadera!

GINÉS.- Muy bien...

ANDRÉS.- ¿Y de aquí sale el cobalto?

GINÉS.- Bueno, a ver, no exactamente... El cobalto es...
(Cerrando el libro, decidiendo inventar) Cuando los pétalos de la Bella se caen y se quedan mucho tiempo en el suelo -en la sierra por ejemplo, en las zonas oscuras donde nunca pasa nadie- se acaban pegando a las rocas y mezclándose con ellas. Así, con el paso de los años - ¡de los milenios!- se forma una piedra azul que es el cobalto.

ANDRÉS.- ¿Te ponen piedras azules en la garganta para que te cures?

GINÉS.- Algo así, sí...

ANDRÉS.- *(Llevándose un puñado de flores azules al cuello)* Yo también quiero ponerme cobalto.

PURA se sobresalta por la actitud de su nieto. Observará reticente todo el juego que se inicia a partir de ahora.

GINÉS.- Bueno, pero vamos a hacerlo bien. A ver, tumbate.
(A su nieta, en tono cómplice) Encarna, ¿haces tú de enfermera?

GINÉS y ENCARNA comienzan una especie de ritual guiado por el abuelo, soltando desde lo alto pétalos azules que caen sobre el cuerpo tumbado de ANDRÉS. Ligeras cosquillas en el cuello, soplidos o pequeños masajes completan el juego.

PURA.- *(Incapaz de soportar el trato físico entre GINÉS y los nietos)* ¡Basta ya!

ENCARNA.- ¿Qué pasa?

PURA.- Tu abuelo, que no debe hacer esas guarrerías...

ANDRÉS.- ¿Por la enfermedad?

PURA.- (*Consciente de la mentira*) Sí... por la enfermedad.
(*Se diluye el juego*).

GINÉS.- (*A sus nietos, terminando la ceremonia*) Hala, ya está.
Limpiad esto un poco (*A Pura*) También tú...

PURA.- Con que a Madrid, ¿eh?

GINÉS.- Sí...

PURA.- Y tú encantado...

ANDRÉS y ENCARNA no atienden a la conversación de sus abuelos. En lugar de recoger los pétalos, se los empiezan a tirar el uno al otro, usando también la rama del ficus que trajo ANDRÉS. Poco a poco, el simple juego entre ellos se va convirtiendo en disputa tácita.

GINÉS.- ¿Encantado de qué?

PURA.- Ni se te ha ocurrido decirle que se venga al pueblo.

GINÉS.- Que haga lo que sea mejor para él, Pura.

PURA.- Claro que sí, lo mejor para él. Como hiciste tú: lo mejor para ti.

GINÉS.- Ya estás con tus locuras...

PURA.- Solo espero que no sea como tú.

GINÉS.- Delante de ellos, no.

PURA.- Quizá sea ya tarde para remediarlo. Creí que tendría más nervio. Yo he hecho lo que he podido, pero parece que/.

GINÉS.- ¡Cállate!

PURA.- ¿Qué pasa, que quieres proteger a tus nietos? Total,

los pobres llevan también el sambenito de ser familia tuya, igual que su tío.

GINÉS.- Ya basta.

PURA.- Que se lo digan a Antonio, que más de una vez ha tenido que defenderte por ahí...

GINÉS.- Eso es mentira. Tú estás loca...

PURA.- Qué más da que esté loca o no. Ya nos queda poco juicio que recuperar. A estas alturas ya, cada uno con lo suyo. Está visto que funciona más el egoísmo.

GINÉS.- Menuda gilipollez. Como si tú fueras una santa. ¿Qué pasa con el arroz?

PURA.- ¿Qué le pasa al arroz?

GINÉS.- Que lo está haciendo la Juana. Se suponía que invitábamos nosotros, y resulta que tiene que venir tu hija a cocinar. *(A sus nietos, que cada vez juegan con más violencia, tratando de meter puñados de pétalos ya rotos y sucios dentro de la ropa del otro)* Chicos, tened cuidado.

PURA.- Sí, ha venido a cocinar, ¿y?

GINÉS.- Muy poco egoísta tú...

PURA.- Por una vez... Que se ocupe un poco, que me cuide un poco. Ya se pasa el día pegada a su suegra... Pues porque se acuerde hoy de su madre no va a pasar nada. Si no, ¿yo qué? Ella que siempre llega a mesa puesta, cuando viene, y su hermano, que... *(Prefiere callarse)*

GINÉS.- Ni que fueras inválida... Tienes 60 años, no 80.

PURA.- La misma edad tienes tú, y mira cómo estás. *(A sus*

nietos, que con el ímpetu han llegado a tirar hojas y pétalos sobre el arroz) ¡Estaos quietos!

GINÉS.- ¿Ya me pones a morir?

PURA.- Como te mueras sí que me espera a mí una buena, con esta familia.

GINÉS.- Qué va... Te espera una vida de lujo, Pura. He ido a enterarme de eso...

PURA.- (*A sus nietos, tras unos segundos, ante el anuncio de GINÉS*) Iros al patio a jugar, anda.

ENCARNA.- Pero...

PURA.- Venga.

El juego enfrentado de los nietos prosigue en su salida hacia el patio. En la conversación entre GINÉS y PURA, él muestra tanta determinación como amargura.

PURA.- ¿Y?

GINÉS.- Que sí, que van a sacar unas ayudas...

PURA.- ¿Y como viuda podría tenerla/?

GINÉS.- Como viuda de teniente del Ejército de la República. Sí, una pensión.

PURA.- ¿Te han dicho cuánto?

GINÉS.- No, dicen que es pronto todavía, pero seguro que algo más de la que te quedaría si no te hubieras casado con un rojo.

PURA.- ¡Ja! Eso depende de con quién me hubiera casado.

GINÉS.- Sí... En fin, tarde para esas cábalas... De todos modos, no te puedes quejar: la casa ya es tuya, queda

a tu nombre; ahora, una pensión por haberme aguantado toda tu vida... y encima sin tener que cruzarte conmigo hasta la tumba. Queda todo en paz. (*PURA no responde. Tampoco parece mirar ese futuro con buenos ojos*)

ANDRÉS.- (*Desde el patio*) ¡Ayyy! ¡Abuelo!

GINÉS.- ¡¿Pero estáis tontos?! ¿Qué ha pasado? (*GINÉS va andando a duras penas hacia el patio. Antes de salir, a PURA*) Sólo queda ver a quién le echas la culpa de tus disgustos cuando me hayas enterrado.

PURA se queda sola y pensativa.

ENTREACTO II

Se escucha en la calle a algunos familiares que se acercan a la casa. Vienen para celebrar. Justo cuando paran al otro lado de la puerta, se deja caer un enorme cerdo suspendido por los pies desde lo alto de la cortina que separa las dos estancias. Acaba de morir y se desangra por el cuello boca abajo, brotando de la herida un líquido de color azul.

Los de fuera llaman, golpean la puerta. Es inútil. Lllaman con más fuerza. Ya es tarde. En lugar de ellos, quienes irrumpen en escena son hasta treinta cerdos que salen de todos los rincones de la casa. Se acercan al charco de sangre, la lamen, la beben, husmean en el hocico muerto del colgado.

El azul de esa sangre no es ningún símbolo de realeza. Se diría más bien que el animal había devorado las flores del patio hasta teñir por completo sus entrañas. Aunque podría ser también pintura, o incluso tinta: la tinta que no ha logrado nombrar convenientemente el dolor antes de ser engullida por la bestia. La tinta sobrante de un fracaso, el de saber que la vida continúa y no será por escrito.

El peso de su cuerpo hace que el cerdo colgado acabe por desplegarse sobre el suelo. Algunos de los vivos muerden su carne. Otros deambulan alrededor en una especie de rito de compasión y locura colectiva. A continuación, empujan en grupo el cuerpo inerte, arrastrándolo poco a poco fuera de escena hasta desaparecer todos con sus hocicos y patas manchados de azul.

ACTO III

Un sábado de 1992, a media tarde.

Misma configuración del espacio que en el acto precedente.

Se celebra el cumpleaños de PURA (77) y de MARTÍN (7), el hijo de FRANCISCO (47), acompañados de JUANA (52) y ENCARNA (27).

Sobre la mesa de la cocina, una enorme bandeja de dulces y pasteles, rodeada de bebidas y algo de picar. PURA preside la mesa, silenciosa, casi ausente. ENCARNA juega con MARTÍN al 'Scalextric' que le acaban de regalar, al mismo tiempo que participa de la conversación, feliz de tener un pequeño en la familia. El niño está entretenido y parece no atender a lo que dicen los adultos.

FRANCISCO.- (A ENCARNA) ¿Y no puedes presentar los cursos para que te los tengan en cuenta?

ENCARNA.- Si es que para eso me tengo que ir a que me los revisen uno por uno a la Consejería, a ver cuáles valen y cuáles no.

FRANCISCO.- Mujer, pues vas. El que algo quiere...

ENCARNA.- Pero va a dar lo mismo, tito, aunque me los acepten todos. Como mucho, me dan un punto y medio por los cursos, ¿y qué? Si los que presentan licenciatura tienen automáticamente tres.

JUANA.- Pero tú tienes la experiencia laboral.

ENCARNA.- Que eso da igual, mamá.

JUANA.- Bueno, pero es para trabajar aquí en el ayuntamiento, tendrán que valorar que llevas años trabajando en el pueblo.

ENCARNA.- Pero en lo privado. No sirve.

FRANCISCO.- (*Intentando que no le oiga JUANA*) O puedes regañar a tu madre por no haber querido que fueras a la universidad en su momento...

JUANA.- O mejor ponemos una queja al ayuntamiento por dar más puntos a un cualquiera que viene de por ahí con un título bajo el brazo que a quien conoce el pueblo mejor que nadie y sabe todo lo que tiene que saber para la plaza.

FRANCISCO.- Eso viene de arriba, Juana, no lo decide el ayuntamiento. Hay unos criterios generales... No puedes ir tú y decir 'este, que conoce muy bien Los Baños'.

JUANA.- No, mucho mejor: 'este, que como es de ciudad y tiene tres carreras ya puede mearse encima de todos'.

FRANCISCO.- (*A ENCARNA*) Nada, imposible, tu madre no tiene remedio.

JUANA.- Hermano, no me toques las narices, ¿eh?

FRANCISCO.- Pues nada, ve mañana al alcalde a decirle cómo se hacen las cosas en España.

JUANA.- Cuando se te sube el señorito-madrileño-universitario estás para cruzarte la cara.

FRANCISCO.- ¡Ay, ese complejo...! Solo digo que la uni-

versidad no es el fin del mundo, y se lo pintáis a vuestros hijos como si lo fuera.

JUANA.- No es el fin del mundo, pero casi: pillá bastante lejos del pueblo.

FRANCISCO.- Y no hace ningún daño. Mírame a mí, sigo de una pieza.

PURA.- ¿A ti?

La intervención de PURA sorprende y paraliza por un momento a todos.

FRANCISCO.- (*Sin acritud*) Sí, mamá, a mí...

PURA.- (*Cáustica*) Con un exiliado nos basta.

FRANCISCO.- Ahora son otros tiempos. Seguro que la Encarna habría sido más lista que su tío. Se habría hecho su carrera y ahora estaría opositando para trabajar en Los Baños...

JUANA.- Bueno, ya basta de restregarme los errores, ¿no?

FRANCISCO.- Piensa que estás a tiempo de enmendarlos: Andrés todavía tiene edad para estudiar.

ENCARNA.- A mi hermano ya no lo sacas de donde está.

JUANA.- Andrés está muy metido con lo del deporte.

FRANCISCO.- Una cosa no quita la otra: también hay deporte en la universidad.

ENCARNA.- Que no, tito. Que está demasiado metido. Como que tiene profesor particular... El marica ese.

JUANA.- ¡Encarna!

PURA.- (*Alarmada*). ¿Qué dice la niña?

JUANA.- Nada. Inventos suyos

ENCARNA.- (*Evitando que le oiga MARTÍN*) Digo lo que hay: que ese tío al que adoráis y se pasa el día con Andrés y los demás es un sobón, y que a más de uno se lo ha hecho pasar mal.

JUANA.- ¡Ya vale!

PURA.- ¿Es eso verdad?

JUANA.- No, mamá. (*A ENCARNA a pesar de estar explicándose a PURA*) Miguel Ángel es una bellísima persona que hace mucho por este pueblo. Y tu hermano está encantado, más centrado que nunca y/

PURA.- (*Inesperadamente agitada*) ¡Sácalo de ahí!

JUANA.- ¡Mamá, por favor, tranquilízate! Que no tiene razón Encarna.

Hay un momento de silencio. JUANA ha conseguido silenciar a su madre.

PURA.- (*A JUANA*) Lo de la firma.

JUANA.- Lo de la firma... (*A FRANCISCO*) Mamá quiere que vayamos mañana al notario a dar el visto bueno a unos papeles que ha preparado.

FRANCISCO.- ¿De verdad tenemos que hablar de esto ahora? Que estamos de cumpleaños. ¡La abuela y el nieto! ¿Eh, mamá?

PURA.- Escucha a tu hermana.

FRANCISCO.- Pero vamos a ver, ¿por qué no disfrutas de esto que está pasando aquí? Tu hijo el descarriado que al final formó una familia, a los cuarenta. Y que para

mayor regalo, conseguimos que tu nieto naciera el mismo día que tú. Ahí lo tienes.

PURA no responde. Vuelve a mirar a su hija para que insista con el tema.

JUANA.- Es para dejar claras las escrituras de la casa.

FRANCISCO.- Y vuelta... Que no quiero nada, joder. Además, ¿la casa no dijiste que la querías tú?

JUANA.- *(Recibiendo una mirada sorprendida e inculpatoria de su madre)* Hombre, para los hijos me vendría bien, para cuando se quieran independizar. Está al lado de mi casa...

FRANCISCO.- Pues ya está...

JUANA.- Pero vamos, que yo te pagaría tu parte.

FRANCISCO.- Mira, mamá, de verdad, si ya vengo poco, eso poco que vengo no es para pensar en herencias. Llevabas meses dándome la murga con que viniera al pueblo. Pues aquí estamos.

PURA.- Dos años llevabas sin aparecer. Cualquier día me muero y ni bajas al entierro.

FRANCISCO.- De momento estás viva, y he venido. Con Martín. Para pasar un buen rato, para verte, para que veas a tu nieto y celebremos juntos los dos cumpleaños. Nunca lo habíamos hecho, y mira qué bonito que podamos celebrarlo juntos. ¿Sí?

PURA.- ¿No quieres nada de lo que yo te pueda dejar?

FRANCISCO.- Que no es eso... A ver, soy pobre, sí, pero entre mis clases a los niños y los turnos extra de Tere-

sa pues sobrevivimos, no nos hace falta más. Además, que yo no vivo aquí: no voy a aprovechar la casa, por ejemplo. Si estás pensando en qué dejarme, déjame los libros de papá. Acabo de ver por ahí unas ediciones antiguas que son preciosas...

PURA.- Y los cuadros. Te los quedas también. Que no caigan en malas manos.

FRANCISCO.- (*Descolocado, no sabiendo bien si el gesto de PURA es de rechazo o de cariño respetuoso*) Vale, los cuadros también.

PURA.- Ni el papá ni yo supimos sacar más partido. Él por unas cosas y yo por otras. Aun así, os va a tocar reparar lo que quede. Siempre queda algo, aunque sea la miseria. (*A JUANA, levantándose*) Cuéntale lo del seguro. Que quede todo claro. Voy a la alcoba, no tengo el cuerpo para más.

PURA abandona lentamente el espacio, ceremonial, hacia las habitaciones.

ENCARNA.- Uf, la abuela está rarísima...

JUANA.- Mucho es que no ha sacado lo de la casa. Se le va un poco la cabeza ya. Lleva un tiempo con que 'mira las de al lado, las reformas que les hacen, subiendo una altura...' Y yo: '¿pero para qué coño necesitas tú agrandar la casa, vamos a ver, si estás sola?'

FRANCISCO.- ¿Y qué es eso del seguro que ha dicho?

JUANA.- Pues que resulta que lleva pagando desde hace años un seguro de vida.

FRANCISCO.- ¿Y qué?

JUANA.- Con tres pólizas. Una para ella, otra para ti y otra para mí.

FRANCISCO.- No me lo puedo creer...

JUANA.- Pues ahí están. Yo lo he sabido el mes pasado. Se debió quedar tan marcada con lo del papá... Como se complicó todo de repente y no dio tiempo a hacer las cosas en condiciones...

FRANCISCO.- Porque ella no quiso soltar un duro, hermana.

JUANA.- Una cosa no quita la otra.

FRANCISCO.- Seguros de muerte para sus hijos, sí, señor. Ya que en vida no hemos estado donde teníamos que estar, al menos yo, pues que tengamos dónde caernos muertos.

ENCARNA.- Bueno, tito, no sé, también es una manera de preocuparse por vosotros, ¿no? Yo lo veo así.

FRANCISCO.- No sé, sobrina. A mí me cuesta... La miro ahí, con su camisón negro, descalza como siempre, entrando hacia el pasillo... y es como hace cincuenta años. Parece que se va a girar y va a gritar '¡dolor y hambre!, solo dais dolor y hambre...' ¿Te acuerdas?

JUANA.- Francisco...

ENCARNA.- ¿Y eso?

JUANA.- *(con cuidado de que no lo oiga MARTÍN)* Eso lo decía cuando perdió un niño nada más parirlo, la pobre. Un embarazo que tuvo después del tito...

FRANCISCO.- Me dices lo del seguro y pienso que lo ha hecho la mamá de aquellos años. Para mí, todo esto

sigue allí: cada vez que entro al pueblo, vuelvo a esa época, al miedo, a... la pequeñez. Paso por la plaza y pienso: que no me vean los niños, no sea que me acribillen las piernas a limonazos. Y pienso en ella, haciéndonos ver siempre que no llegábamos, que no estábamos a la altura... ¿A qué altura? ¿Y sabes qué es lo peor? Que por muy lejos que esté... ¿Sabes en qué estoy trabajando ahora? Palmeras. He vuelto a las palmeras. Una secuencia, cuadros grandes, así (*marca el tamaño con los brazos*), cuadros que no va a comprar nadie. Con la palmera de la plaza, sola, más de treinta veces, en diferentes colores... Vistas todas con ojos de niño, pero distinta luz. Y ahora cuando ha dicho lo de que me quede los cuadros...

ENCARNA.- Pues le tienes que dedicar a ella esos de ahora.

FRANCISCO.- (*Sorprendido*) No estaría mal, sí.

JUANA.- (*Aligerando*) Si en el fondo solo te ha faltado casarte con Andrea la 'Casquera' para tener a mamá contenta.

FRANCISCO.- (*Sonriendo a su hermana*) No, no creo que hubiera bastado.

JUANA.- Yo creo que tú la ves solo desde un lado. Si te quedaras más verías que no solo es así, tan culpona y victimista como la pones.

FRANCISCO.- 'Si te quedaras más...' Eso me suena...

JUANA.- Y tampoco lo era entonces: en realidad, en los cincuenta si no es por ella nos morimos de hambre, eso es así. El papá ya sabes cómo era... y ella, cuando había que conseguir las cosas las conseguía, costara lo

que costara, y si no las conseguía, las noches que no había suficiente, me enganchaba y a la huerta que nos íbamos a robar fruta para darte de comer...

FRANCISCO.- ¿A robar?

JUANA.- ¡Hombre... claro! Las fincas de abajo, donde está ahora el polígono y el matadero, ahí.

FRANCISCO.- No sabía...

ENCARNA.- Pues, tito, en el ayuntamiento están hablando de quitar la palmera de la plaza.

FRANCISCO.- ¿Qué dices? ¿Y eso?

ENCARNA.- El ficus. Es tan grande y da tantos problemas que dicen que al final lo mejor es quitar todo lo de alrededor y construirle un soporte o algo así. (*Francisco no responde*).

JUANA.- (*a Encarna*) Ahora sí que lo has rematado...

Entran desde la calle MIGUEL ÁNGEL (40) y ANDRÉS (23), que trae el envase de una tarta.

ANDRÉS.- (*Disimulando para que MARTÍN no vea la tarta*) ¡Hola!

ENCARNA.- (*Ayudando a su hermano, para encender rápido las velas y llevar la tarta a la mesa*) A ver...

MIGUEL ÁNGEL.- (*acercándose enérgico para saludar a JUANA*) ¡Familia! Me ha dicho el niño que era día de cumpleaños y he pensado 'Voy a pasarme a felicitarlos, hombre'.

ENCARNA.- (*A ANDRÉS, aparte, seca*) ¿Para qué coño viene este aquí? (*ANDRÉS no responde*)

MIGUEL ÁNGEL.- Francisco, cuánto tiempo...

FRANCISCO.- (*Un poco desconcertado*) Hola.

MIGUEL ÁNGEL.- ¿Se me ha escapado Doña Pura? (*A MARTÍN, acercándose a él para hacerle carantoñas*) Bueno, pero tú debes ser el otro cumpleañosero... Muchas felicidades, pequeño... ¿Qué, a qué juegas?

ENCARNA.- (*Interponiéndose físicamente y con la canción entre MIGUEL ÁNGEL y MARTÍN*) 'Cumpleaños feliz...

TODOS.- ...cumpleaños feliz, te deseamos todos cumpleaños feliz'.

Justo al terminar la canción, mientras MARTÍN sopla las velas y el resto aplaude, se oye un golpe en el patio. ENCARNA y JUANA lo advierten, pero no le dan mayor importancia.

ENCARNA.- ¿Has pedido un buen deseo?

MARTÍN.- Sí.

FRANCISCO.- Martín, ¿qué le decimos a los primos, que te han regalado la tarta?

MARTÍN.- Muchas gracias.

ENCARNA.- (*Besando a su primo*) ¡Muchas de nada!

MIGUEL ÁNGEL.- (*a JUANA*) ¿Y Antonio?

JUANA.- Ahora después vendrá.

ENCARNA.- (*A MARTÍN*) ¿Me ayudas a partirla?

ENCARNA va partiendo y repartiendo trozos de tarta con la ayuda de MARTÍN a lo largo de la conversación que sigue. Todos comen su porción.

MIGUEL ÁNGEL.- ¿No se habrá quedado viendo el partido del Madrid?

JUANA.- Cómo lo conoces...

MIGUEL ÁNGEL.- (*A FRANCISCO*) Pues entonces, espere-
mos al menos que gane, porque si no, vaya cara os va
a traer luego... (*Ante el gesto de FRANCISCO*) Madre
mía, seguro que ni te acuerdas de mí, ¿eh, Francisco?

FRANCISCO.- Pues me tienes que disculpar, pero...

JUANA.- ¿Qué dices? Miguel Ángel. Sí, hombre, el herma-
no de Andrea, el pequeño de Tomás, el de Los Baños.

FRANCISCO.- ¿De los Casqueros? Vaya, perdona, no te había
reconocido...

MIGUEL ÁNGEL.- Es que han pasado muchos años... y
muchas cosas. ¿Y tu mujer, no está para que me la pre-
sentes?

FRANCISCO.- Se ha quedado en Madrid, trabajaba este fin
de semana.

MIGUEL ÁNGEL.- Vaya...

JUANA.- ¿Quieres tomar algo, Miguel?

MIGUEL ÁNGEL.- Pues algo rápido, no quiero molestaros,
que es un día de familia.

JUANA.- Pero tú eres como de la familia. ¿Cerveza?

MIGUEL ÁNGEL.- (*Volviendo a acercarse a MARTÍN*) Mejor
algo sin alcohol. (*A MARTÍN*) ¡Menudo circuito que te
has montado!

ENCARNA.- (*A JUANA, aparte, al acercarse a darle su trozo de
tarta*) No le des nada, que se vaya cuanto antes...

JUANA.- (*A ENCARNA, aparte*) No empieces, ¿eh? (*A MIGUEL ÁNGEL*) Limonada.

MIGUEL ÁNGEL.- Perfecto. (*A MARTÍN*) ¿Sabes que aquí en Los Baños tenemos uno así, pero de verdad? Para que corran los niños como tú.

JUANA.- (*Acercándose con el vaso a MIGUEL ÁNGEL*) Aquí está.

MIGUEL ÁNGEL.- (*Antes de probarla*) Buenísima. Gracias. (*A FRANCISCO*) Pues yo sí he sabido de ti, hombre, que diste el Ferguson hace dos años en la Feria, ¿a que sí?

FRANCISCO.- Sí...

JUANA.- (*A ANDRÉS, en paralelo a la conversación de MIGUEL ÁNGEL y FRANCISCO*) Hijo, cómo hueles...

ANDRÉS.- Viniendo de entrenar, ¿qué quieres?

MIGUEL ÁNGEL.- Lo que pasa es que no pude saludarte, porque fue el primer certamen que convocamos aquí con la Federación, y yo estaba ocupadísimo...

JUANA.- Pues que te lleves ropa para cambiarte...

FRANCISCO.- (*Tratando de mantener la conversación*) ¿Te ocupas de... la organización de las carreras?

MIGUEL ÁNGEL.- Me ocupo de todo, Francisco. De entrenar a los niños, de preparar las competiciones, de hablar con Madrid... Y feliz, ¿eh? Tú no sabes lo que es el atletismo en este pueblo.

ENCARNA.- (*Desafiante*) Una religión.

MIGUEL ÁNGEL.- Pues casi, sí...

JUANA.- (*A ANDRÉS*) ¿No te dejé limpios los otros dos chándals?

MIGUEL ÁNGEL.- Todos los zagales están deseando entrar en el Club.

ENCARNA.- (*A JUANA, irónica*) Mira a ver también si ha vuelto con caca en el pañal, mamá.

MIGUEL ÁNGEL.- Andrés es de lo mejor que tenemos. Vamos a llevar como mínimo a seis niños a Barcelona, y él tiene todas las papeletas, ¿eh, Andrés?: es todo un profesional.

ENCARNA.- (*Con una carcajada contenida*) Sí, un profesional...

ANDRÉS.- (*A su hermana*) Ya vale, ¿no?

MIGUEL ÁNGEL.- Mira, Francisco, para que te hagas una idea: ahora mismo, esos son los dos motores del pueblo: Los Baños y el Club de atletismo. Está mal que yo lo diga, porque la fábrica la lleva mi hermana y el club lo llevo yo.

FRANCISCO.- ¿Andrea está dirigiendo Los Baños?

MIGUEL ÁNGEL.- Desde que mi padre lo dejó, sí. Y ahí está el futuro: una empresa que es de aquí, que la habéis visto crecer todos, que ahora está al máximo nivel nacional... y creciendo. Y un deporte que al final es lo mismo: gente de aquí, formándose y llegando a un nivel mundial, Francisco, mundial. Vamos a por los récords.

ENCARNA.- ¿Nos vas a traer una medalla, hermano? ¿En lanzamiento de sonrisas o en facilidad de palabra?

MIGUEL ÁNGEL.- (*Protegiendo a ANDRÉS*) Encarna también estuvo en el club, ¿verdad?

ENCARNA.- (*En un guiño a su tío*) Sí, pero me salí del seminario a tiempo.

MIGUEL ÁNGEL.- Bueno, no todos mantienen el nivel de esfuerzo que requiere... Yo les digo a los niños: sin esfuerzo ni pasión no vamos a ningún lado. Tú sabes bien de esto, Francisco: a veces les digo 'hay que buscar la belleza', fíjate... ¡Si a mí lo que me hubiera gustado es ser artista, como tú! Pero lo que hago es buscar la belleza allí donde pongo mi energía, mi pasión, ¿me entiendes?

ENCARNA.- (*Superada por el discurso de MIGUEL ÁNGEL, a MARTÍN*) A ver, ¿ya te has acabado la tarta? ¿Quieres más o volvemos al Scalextric?

MIGUEL ÁNGEL.- Y luego, claro, aprovechar el trabajo, ser eficientes.

MARTÍN.- (*Tras pensarlo un poco*) Scalextric.

MIGUEL ÁNGEL.- Mira: en Los Baños ya hemos conseguido aprovechar del marrano todo menos la bilis, imagínate... Y nosotros en las concentraciones que hacemos, igual: todo el cuerpo —músculos, mente, corazón, pulmones— tiene que estar al servicio de lo que queremos, las veinticuatro horas...

ANDRÉS.- (*A JUANA*) ¿Puedo irme esta noche a la sierra?

JUANA.- ¿Pero no era mañana la concentración?

MIGUEL ÁNGEL.- Sí, pero si se suben ya esta noche, mañana madrugamos y empezamos a trabajar pronto.

JUANA.- No sé... Si es necesario...

ENCARNA.- (*A JUANA y ANDRÉS*) ¿De verdad? Si es que al final hay concentración cada fin de semana.

MIGUEL ÁNGEL.- Con la cercanía de las Olimpiadas...

ENCARNA.- Vaya secta...

JUANA.- ¡Encarna!

ANDRÉS.- Lo que le pasa a Encarna es que su novio nos odia...

ENCARNA.- ¿Qué dices?

ANDRÉS.- ...y por eso está de morros. ¿O no? ¿O no salió rebotado Ramón? Poniéndonos a parir, cuando era él el que estaba haciendo mal las cosas.

ENCARNA.- Lo primero, Ramón no es mi novio...

ANDRÉS.- Lo que tú digas...

ENCARNA.- (*Enfadada*) Y lo segundo: no salió rebotado, no; salió diciendo verdades que mejor no las digo aquí, porque estamos de cumpleaños. (*A MIGUEL ÁNGEL*) Pero si tú y yo nos cruzamos en otro sitio, que no he tenido esa suerte desde lo de Ramón, me vas a oír dos o tres cosas...

JUANA.- ¡Encarna!

MIGUEL ÁNGEL.- Tranquila, Juana, la niña está enfadada.

ENCARNA.- Por mi parte, sobras en esta casa.

JUANA.- ¡No te lo consiento!

ENCARNA.- (*A MARTÍN, que apenas ha podido retomar el Scalextric*) Pequeño, vaya fiesta que te estamos dando. ¿Quieres que vayamos un rato a jugar al patio?

MARTÍN.- Vale.

ENCARNA.- (*Llevando a MARTÍN de la mano hacia los pasteles y después hacia la parte trasera de la cocina*) Venga, coge-

mos dos o tres roscos, que son los más ricos... ¡y nos los tomamos ahí atrás!

ENCARNA y MARTÍN salen hacia el patio.

JUANA.- Perdona, Miguel Ángel, no sé qué le pasa, a veces le sale ese carácter, que a saber de dónde lo ha sacado/

ENCARNA lanza un grito inesperado y angustiado desde el patio.

JUANA.- ¡¿Pero qué pasa?!/

ENCARNA vuelve corriendo histérica, con MARTÍN en brazos, al que le va tapando los ojos con una mano.

ENCARNA.- ¡La abuela, la abuela, la abuela!

Hay un revuelo colectivo. FRANCISCO es el primero en salir corriendo hacia el patio. Le sigue ANDRÉS. También JUANA, que trata por una milésima de segundo de descubrir en su hija qué ha ocurrido. MIGUEL ÁNGEL se dispone igualmente a ir hacia el patio.

ENCARNA.- (A MIGUEL ÁNGEL) ¡Tú no! ¡Tú no entras!

MIGUEL ÁNGEL.- ¿Pero qué ha pasado?

ENCARNA.- ¡No me jodas, Miguel! Vete de aquí, vete de aquí, por favor.

Se escucha al mismo tiempo la agitación del patio. Hay gritos, ruido de objetos desplazados, FRANCISCO que clama a voces '¡Mamá! ¡Mamá!'... Martín llora en los brazos de su prima, más por la agitación general que por una verdadera conciencia de lo ocurrido. Vuelve JUANA a la cocina, llevándose las manos al cuello.

JUANA.- (*Yendo hacia los cajones de los cubiertos*) Es mejor que te vayas, Miguel. Le ha dado un ataque a mi madre.

MIGUEL ÁNGEL.- Puedo hacerle la reanimación.

JUANA.- No, no, de verdad.

MIGUEL ÁNGEL.- ¿Voy corriendo al ambulatorio, entonces, mejor?

JUANA.- (*Paralizada. Pensando rápido*) No sé. Bueno, sí.

MIGUEL ÁNGEL sale corriendo de casa.

JUANA.- (*Sacando unas tijeras del cajón*) ¡Andrés! ¡Andrés!

ANDRÉS viene del patio llorando y derrotado.

JUANA.- Corre a llamar a tu padre.

ANDRÉS.- No reacciona...

JUANA.- (*Ante la inmovilidad de él*) ¡Corre a por tu padre!

ANDRÉS sale corriendo de casa. JUANA sigue cavilando con urgencia y en silencio.

ENCARNA.- ¿No respira?

JUANA.- No.

JUANA sale de nuevo hacia el patio con las tijeras.

ENCARNA.- (*A MARTÍN*) ¿Estás bien? (*MARTÍN no sabe qué responder*) Ha sido solo un susto, ¿vale? A ver, dime, ¿qué has visto?

MARTÍN.- No sé...

ENCARNA.- Sí, en el patio, ¿qué acaba de pasar? (*MARTÍN no responde. Siente en cambio la presión de la incertidumbre por primera vez*) Vale, perdona, tranquilo, no he dicho nada... Todo está bien, todo está bien.

FRANCISCO regresa del patio. Va corriendo a abrazar a su hijo, sin poder esconder sus lágrimas, en las que se mezcla la rabia con una piedad involuntaria.

FRANCISCO.- (A ENCARNA, tapando los oídos a MARTÍN en el abrazo). ¿Qué ha visto el niño?

ENCARNA.- No lo sé, tito. Creo que no le ha dado tiempo... Iba yo por delante, y enseguida me he girado al verla... Pero no sé.

FRANCISCO.- ¡Joder! Hija de puta, hija de puta...

ENCARNA.- No, tito, no...

FRANCISCO.- Cómo se atreve... cómo se atreve a hacerme esto.

ENCARNA.- ¡Tito, por favor, no digas eso!

FRANCISCO tiene que soltar a *MARTÍN* por miedo a que la rabia y la ansiedad le lleven a un gesto violento. *ENCARNA* vuelve a hacerse cargo del pequeño.

ENCARNA.- (A *MARTÍN*) Mi niño...

ANTONIO (56) aparece por la puerta de casa, con *ANDRÉS*. Al mismo tiempo que cruzan hacia el patio, *ANTONIO* interroga con la mirada a su hija.

ENCARNA.- De la enredadera del patio...

ANTONIO y *ANDRÉS* se van hacia el patio. Hay un momento de dolor común en silencio. Al poco, vuelve *JUANA* a la cocina. Continúa el silencio compartido.

JUANA.- No se le mató al papá y se nos mata a nosotros. No lo entiendo.

FRANCISCO.- Hija de puta... Pero qué gran hija de puta...

JUANA.- No, hermano. Por ahí no. No delante de mí. Piensa en el niño. Tú no eres así.

FRANCISCO.- Este era su regalo...

JUANA.- Ella ha hecho lo que ha querido. Ahora nos toca a nosotros hacer las cosas a nuestra manera. (*Francisco no responde*) Si no, todo lo que nos ha costado sacarnos el rencor de dentro, ¿qué?

ANTONIO regresa a la cocina. *FRANCISCO* está bloqueado.
JUANA sigue pensativa.

ANTONIO.- Hay que decidir rápido. ¿La acuesto en la cama?

JUANA.- Sí.

ENCARNA.- ¿Por qué?

ANTONIO.- La marca prácticamente no se nota, pero habría que vestirla bien para asegurarnos que no se ve el cuello.

JUANA.- Yo me encargo. Métela con Andrés y ahora voy.

ENCARNA.- ¿Pero por qué?

JUANA.- Porque sí.

ANTONIO.- (*A FRANCISCO*) No se podía hacer más de lo que habéis hecho.

ENCARNA.- Yo la he oído, papá. Si hubiera salido antes...

JUANA.- Tú no has oído nada. Si hubiéramos sabido lo que era... pero era imposible pensar algo así, ya está.

ANTONIO vuelve hacia el patio.

FRANCISCO.- Martín, vámonos. Se acabó. No vuelvo a pisar esta casa. Hoy es el cumpleaños de mi hijo, y vamos a

seguir celebrándolo. No me lo va a joder así, me niego. (*Se levanta a por MARTÍN*)

JUANA.- Pero Francisco...

FRANCISCO.- Lo siento.

JUANA.- Que la gente no os vea, por dios.

FRANCISCO.- La gente...

Cuando ya iba a salir, FRANCISCO se detiene y vuelve hacia JUANA, para darle un abrazo fuerte, torpe y largo. Acto seguido, coge a MARTÍN de la mano y salen de la casa.

ENCARNA.- ¿Tú también has oído el golpe?

JUANA.- No vamos a martirizarnos, Encarna.

ENCARNA.- Pero/

JUANA.- No es culpa tuya ni mía ni de nadie.

ENCARNA.- (*Tras un silencio en el que la tensión parece haber disminuido*) ¿Qué pasa?

JUANA.- ¿Qué?

ENCARNA.- Estás ahí... No sé, como si supieras que iba a pasar.

JUANA.- No, hija...

ENCARNA.- Sí, como si te diera igual.

JUANA.- ¡Encarna!

ANTONIO regresa de la habitación.

ANTONIO.- Venga, ya está.

ENCARNA.- Entonces ¿qué?, dime, ¿por qué lo ha hecho? ¿Eh? (*A ANTONIO*) ¿Tú lo sabes, papá?

ANTONIO.- Encarna, por favor, no es el momento.

ENCARNA.- ¡¿Pero os dais cuenta de lo que acaba de pasar?!

ANTONIO.- Juana, vamos a darnos prisa. (*A ENCARNA*) Si te sirve de consuelo, no sé si realmente quería matarse o se le ha ido de las manos.

ENCARNA.- Creería que se iba a romper, ¿no?

JUANA.- Pues si esperaba darnos un susto, mira lo que ha conseguido.

ENCARNA.- Joder, mamá, ¡que no hables así de ella!

ANTONIO.- ¡Encarna, vale ya! No eres la única que está de duelo. (*A JUANA*) ¿Quién más estaba, aparte de Miguel?

JUANA.- Nadie.

ANTONIO.- ¿Y lo ha visto?

JUANA.- No.

ANTONIO.- ¿Y qué le has dicho?

JUANA.- Un ataque.

JUANA se va a la habitación.

ENCARNA.- ¿Es necesario?

ANTONIO.- Es mejor así. No sabes lo que es quedarse con eso encima en este pueblo.

ENCARNA.- Nos lo vamos a quedar encima de cualquier manera.

ANTONIO.- Pues precisamente por eso, como nos va a doler lo mismo, mejor que sea en silencio.

ENCARNA.- ¡Pero no es justo! ¿Me lo voy a tener que callar para siempre?

ANTONIO.- Y los demás también, Encarna. Ojalá no lo hubieras visto, pero es lo que hay, hija.

Se oye llegar una ambulancia en la calle.

ENCARNA.- ¡Joder! Si es que todo esto al final es una cosa vuestra, no me podéis pedir que me lo coma toda la vida...

ANTONIO.- ¡¿Te quieres callar?! Estás como estás porque acaba de pasar, pero esto no dura para siempre. Y cuanto menos gente lo sepa, menos tiempo te dolerá, hazme caso. Vete mentalizándote, que viene el médico.

Llaman a la puerta. Antonio va a abrir.

ENTREACTO III

Entra en tropel por la puerta principal una numerosa piara de cerdos. Son jóvenes, corren agitados, chillando de dolor: en sus cuerpos van clavadas y ensartadas ramas de árbol de distintos tamaños que les hacen sangrar.

Atraviesan en manada el escenario: se diría un bosque en movimiento, transportado por los chillidos y las carnes ágiles y aún tersas de los animales.

Si alguien consiguiera contarlos, serían más de mil: todos los que se pueden matar en una hora de sacrificios industriales. Van pasando, sin que ninguno dude en seguir el rumbo colectivo.

Desaparecen finalmente por el lado opuesto de la escena, dejando un murmullo caótico de follaje y gritos. Nunca sabremos si huyen o van directos al matadero.

ACTO IV

Un sábado de 2011, al final de la tarde.

El mismo espacio, aunque reformado. Salón y cocina son ahora una misma habitación, sin rastro del tabique que durante años los dividió. Pese a ello, la nueva configuración y el mobiliario impersonal de Ikea no consiguen disfrazar del todo la historia de la casa, que conserva buena parte de su atmósfera pasada. Quizá sea por el aroma de las flores que llega desde el patio, o por el olor a leche condensada que quedó impregnado en los rincones, resistente a las nuevas capas de pintura.

Quien habita ahora la casa es ENCARNA (46), junto a su pareja RAMÓN (47) y su hijo FEDERICO (7). Ante la visita al pueblo de MARTÍN (26), la anfitriona ha organizado una cena familiar de acuerdo con él. Por eso, este llega a casa un poco antes que el resto. Allí están ENCARNA, que se ocupa de los preparativos, y FEDERICO, que juega con el móvil de su madre.

MARTÍN.- *(Abriendo la puerta)* ¿Se puede?

ENCARNA.- ¡Primo!

Se saludan con dos besos. MARTÍN trae varias bolsas.

MARTÍN.- ¿Qué tal, Federico? *(No responde, absorto en el móvil).*

ENCARNA.- *(Regañándole).* ¡Hijo, que te está saludando el tío Martín!

FEDERICO.- *(Sin levantar la vista de la pantalla).* Hola.

ENCARNA.- Venga, deja el móvil. (*FEDERICO hace caso omiso. Ella vuelve a la preparación de la cena.*)

MARTÍN.- ¿Dónde dejo esto?

ENCARNA.- Ahí, al pie de la nevera.

MARTÍN.- (*Dejando las bolsas donde le indica ENCARNA. Todas menos una, que apoya en la mesa*) Hay cervezas, cocolas, fanta... y un par de botellas de tinto, por si acaso.

ENCARNA.- No hacía falta, hombre, si ya te dije que hay de todo... ¿Qué tal el viaje?

FEDERICO.- Bien. Se me ha hecho más corto que otras veces. Será que han arreglado la autovía o algo...

ENCARNA.- ¿Es que cuándo fue la última vez que viniste?

FEDERICO.- Pues lo hablaba ayer con mi madre... Yo creo que desde que pasé camino de la playa un verano...

ENCARNA.- ¡Uf! Eso fue... (*Calculando*) hace dos años y pico.

MARTÍN.- (*Culpable*). Sí.

ENCARNA.- Bueno, ¿y qué tal?

MARTÍN.- Bien. Estoy de interino este curso en un instituto cerca de Madrid. ¿Tú bien aquí, en el ayuntamiento?

ENCARNA.- Como siempre, sí, nada nuevo...

MARTÍN.- ¿Y Ramón?

ENCARNA.- Mejor. Le cogieron en Los Baños.

MARTÍN.- ¡Anda, qué bien!

ENCARNA.- Sí, en recursos humanos, empezó ya hace seis meses.

MARTÍN.- Bueno, estará contento, ¿no?

ENCARNA.- Mucho. Con lo que llevaba en el paro... Además, que ahora la empresa está en su mejor momento. No tienen competencia, por lo visto. 20.000 cerdos al día están matando.

MARTÍN.- ¡Joder! Oye, a ver, ¿qué puedo ir haciendo?

ENCARNA.- Si quieres, coloca un poco la mesa y ve preparando lo de picar, que lo tengo ahí apartado.

MARTÍN.- Vale.

Mientras organizan, hay un silencio inevitable. La falta de contacto y las esporádicas visitas impiden que exista un terreno de confianza, una familiaridad que toca reconstruir en cada reencuentro.

ENCARNA.- O sea, que al final has acabado dando clase, como tu padre...

MARTÍN.- A ver, él daba clase en el colegio, para niños; yo estoy en secundaria... pero sí, parecido. A él le gustaría que hubiera sido profesor de universidad o algo así, que llegara más alto que él. En fin, ya te puedes imaginar... Cada uno siente las cosas desde su punto de vista.

ENCARNA.- Ya... Aunque bueno, si te sirve de consuelo, nos llamó ayer por lo del ficus y lo oí animado.

MARTÍN.- Me lo comentó, sí, que habló contigo y con tu madre.

ENCARNA.- Le dije que si no se venía a hacerte compañía, aunque solo fuera por ver su querida plaza, sin palmera y casi sin ficus, y ahí ya...

MARTÍN.- Uf, no ha venido en veinte años... Así que ahora que está todavía recuperándose de la quimio pues imagínate, peor aún.

ENCARNA.- Ya te digo, yo lo oí con fuerzas, preguntando por todos...

MARTÍN.- Yo ya he renunciado a convencerle. Ni siquiera sé si entiende que yo quiera seguir viniendo... Y mira que en el hotel este que he cogido hay aguas termales y todo esto, que a él ahora le vendría de lujo.

ENCARNA.- Oye, por cierto, perdona: si mi padre estuviera un poco mejor te habríamos dicho de quedarte allí, o incluso aquí, pero es que/

MARTÍN.- No, no, olvídate. Si estoy perfectamente en el hotel.

ENCARNA.- (*En alusión a lo vivido diecinueve años atrás*) Tampoco creo que te hiciera mucha ilusión dormir en esta casa...

MARTÍN.- Bueno...

ENCARNA.- (*Aligerando la conversación*) Lo que te va a tocar seguro es cenar en esta casa, y eso sí que lo siento, porque soy malísima cocinera. Pero, chico, no está la cosa para restaurantes.

MARTÍN.- Nada, mujer, más familiar aquí.

ENCARNA.- Bueno, he encargado unos michirones, eso sí, lo único, porque siempre le oía a mi madre que a su

Paco le encantaban los michirones cada vez que venía. Y he pensado que yo tengo que seguir la tradición, pero como no sé hacerlos...

MARTÍN.- ¿Michirones? ¿Qué son?

ENCARNA.- No me digas que no has probado los michirones... Sí, hombre, aquí de pequeño, seguro. Unas habas grandes guisadas con chorizo...

MARTÍN.- Puede ser, no sé...

ENCARNA.- Ahora los pruebas y cuando vuelvas a Madrid le cuentas a tu padre qué te han parecido...

MARTÍN.- Vale. Oye, ¿no huele un poco a quemado?

ENCARNA.- *(Pensando)*. La tortilla la acabo de poner... ¡Coño, la pizza! *(Abre el horno y saca una pizza medio quemada)*. Joder, era para Fede, que es lo único que cena... A volver a empezar.

ENCARNA saca una pizza precocinada del congelador para prepararla en el horno. Llegan de la calle ANDRÉS (43) y su hijo GINÉS (14). Trae cada uno una bolsa de plástico a modo de bandeja.

GINÉS.- ¡Hola!

MARTÍN.- *(Yendo a saludarles, sin saber muy bien si besar o dar la mano a su primo)* ¡¿Qué tal?!

GINÉS.- Tita, traemos dos ensaladas, una tortilla y arroz.

ENCARNA.- Pero si tortilla estoy haciendo yo.

GINÉS.- ¿Sí? Bueno, da igual, así hacemos concurso, a ver cuál está más rica.

MARTÍN.- *(En conversación con ANDRÉS)* ¿Qué tal todo?

ANDRÉS.- *(Parco en palabras por carácter, no por enfado)*. Bien, ahí vamos.

GINÉS.- Y el arroz es lo que ha sobrado a mediodía en casa. Hemos hecho demasiado y luego yo ni lo he probado, que lleva carne, conejo; mi padre ha vuelto sin hambre; y mi madre llegaba tarde, así que se ha cogido un tupper y a correr.

MARTÍN.- ¿Y qué tal Ana?

ENCARNA.- ¿Ya vais a medias tu madre y tú en la cocina, o qué?

ANDRÉS.- Bien, trabajando ahora.

GINÉS.- *(Aparentando ofensa)*. Tita, que la tortilla la he hecho yo, ¿pero qué te crees?

MARTÍN.- Turno de tarde, ¿no?

ANDRÉS.- Sí.

ENCARNA.- Bueno, pues si eres tan bueno en la cocina, échame una mano, anda. *(Señalando la tortilla)* ¿Cómo la ves?

GINÉS.- Pues vaya un concurso si hago también tu tortilla... A ver.

GINÉS se ocupa de la cocina junto con ENCARNA. MARTÍN va a por la bolsa que había dejado en la mesa.

MARTÍN.- Ginés, mira: un pajarito le dijo ayer a mi padre que te gusta la biología, ¿no?

GINÉS.- Sí.

MARTÍN.- Que andas pensando en coger la rama de ciencias en el instituto.

GINÉS.- Sí. Bueno, es más el año que viene, en cuarto. Pero sí.

MARTÍN.- Pues te he traído un regalo: un libro que es de la familia, a ver si te gusta. *(Le ofrece la bolsa, de la que MARTÍN saca el mismo libro que hemos visto en actos precedentes)*. El tío Francisco me lo dio a mí hace mucho, pero hemos pensado que mejor lo tengas tú.

ANDRÉS.- *(A ENCARNA, ajeno al regalo de MARTÍN a GINÉS)*
¿Se puede coger un trozo de esta pizza?

GINÉS.- *(Leyendo)* ‘La maravillosa vida de las plantas’.

ENCARNA.- *(A ANDRÉS)* ¿No puedes esperar que estemos todos, con la comida de verdad?

MARTÍN.- Era del abuelo Ginés. Verás.

ANDRÉS.- *(A ENCARNA)* Oye, tenemos que hablar del cuidador de papá. No me gusta...

ENCARNA.- Luego.

MARTÍN.- *(Abriendo con GINÉS el libro)* Edición de 1931, y aquí en la portada interna...

GINÉS.- *(Sorprendido)* Ginés...

MARTÍN.- El sello y la firma del abuelo. De tu bisabuelo.

GINÉS.- *(Acercándose con el libro a su padre)* Pero papá, ¿tu abuelo hizo biología?

ANDRÉS.- *(Reconociendo el libro y tomándolo brevemente entre sus manos)* No...

GINÉS.- ¿O botánica?

Ante el libro de su abuelo, ANDRÉS adivina en su propio interior una nostalgia que quiere manifestarse. Sin embargo, el peso de los años le impide expresarla.

ANDRÉS.- (*Devolviendo rápido el libro a su hijo*) No... Pero le gustaban mucho las plantas.

GINÉS.- (*A MARTÍN, con sinceridad*) Muchas gracias.

ENCARNA.- Ginés, cariño, ¿así la ves bien?

GINÉS.- Sí, sí, sácala ya. (*Sigue hojeando el libro*) Qué bonito.

MARTÍN.- Se lo diré a mi padre que te ha gustado, que le va a hacer ilusión.

GINÉS.- Está el sello de la librería, también. 'Calle Fuencarral, 21'.

MARTÍN.- Pasó un tiempo en Madrid, por lo visto, el abuelo.

GINÉS.- ¿Durante la República?

MARTÍN.- (*sorprendido del saber de GINÉS*) Sí, eso parece.

GINÉS.- ¿Y has ido a la calle Fuencarral, a ver si sigue allí la librería?

MARTÍN.- Pues... no, la verdad. Lo más seguro es que ahora sea una tienda de ropa.

GINÉS.- Bueno, el verano que viene voy a visitaros y nos acercamos, a ver si sigue.

MARTÍN.- (*sorprendido de nuevo por la propuesta*) ¡Claro!

GINÉS continúa hojeando el libro. Llega a casa RAMÓN (47), que también trae una bolsa con comida.

RAMÓN.- Cuánta gente. (*A ENCARNA, dándole la bolsa*). Los michirones. (*Saludando a MARTÍN*). Martín, ¿qué hay?

MARTÍN.- ¿Qué tal, Ramón?

RAMÓN.- (*Al resto, sin acercarse*). Cuñado. Ginés. (*Coge el*

móvil que tiene FEDERICO en las manos y lo tira a otro lado de la habitación).

FEDERICO.- ¡No! (*Reprime el impulso de ir a por el móvil*).

RAMÓN.- Dicen que hay que sacarlo de raíz.

ENCARNA.- ¿Qué dices?

RAMÓN.- Que no aguanta. Por lo visto, al desplomarse, el tronco se ha abierto en dos, y en cuanto quiten todo lo que hay en el suelo, se va a vencer la otra mitad del árbol por el peso. Así que hay que quitarlo entero.

GINÉS.- No puede ser. Pero ayer no parecía para tanto.

ENCARNA.- Hombre... eso díselo al bueno de Baltasar, que está todavía en el hospital con tres costillas rotas.

ANDRÉS.- ¿Era Baltasar al que se llevaron en ambulancia?

ENCARNA.- Pero Andrés, ¿en qué mundo vives, que no te enteras de las cosas? Claro que era Baltasar. Debió de sentirse un crujido impresionante allí en la plaza. Y el que lo viera venir pues correría, pero el que no... Baltasar y su garrote, las dos víctimas del ficus.

RAMÓN.- (*A ANDRÉS*) Si solo se hablaba de él hoy en Los Baños, lo has tenido que oír.

ANDRÉS.- Yo ahí voy a hacer mi trabajo, no a hablar.

ENCARNA.- Dicen que no sabía ni dónde estaba, del golpe. Y la cara llena de arañazos.

ANDRÉS.- Joder, no sabía.

RAMÓN.- Pues, cuñado, un poco más de conversación, hombre, que seguro que charlando se hace más llevadero lo de despiezar.

ENCARNA.- (*Regañándole*) Ramón...

RAMÓN.- (*Algo violento*) ¿Pero qué he dicho?

MARTÍN.- ¿Y solo salió herido él?

ENCARNA.- Sí. Si era muy complicado que le cayera encima a nadie, con la valla que pusieron, pero justo hay un banco pegado, y ahí estaba el hombre.

ANDRÉS.- (*Sacando el móvil*) Voy a escribir a la familia.

RAMÓN.- Pues tu Ana seguro que se sabe la jugada entera. A lo mejor en despiece no, pero en envasado... Chico, eso parece Telecinco. Ahora cuando salga del turno ya verás cómo te trae noticias frescas...

MARTÍN.- (*A GINÉS*) Dice mi padre que el ficus sale en el libro.

ANDRÉS.- (*Adelantándose a la búsqueda de GINÉS*) Sí, sí viene. Ficus Macrophylla.

GINÉS, algo sorprendido por la intervención de su padre, recorre el libro hasta encontrar el árbol.

RAMÓN.- Vaya nombre...

GINÉS.- Aquí. (*Lee*). 'Macrophylla, de hoja grande. El Ficus Macrophylla es una higuera estranguladora. Germina en la copa de otro árbol, llamado huésped, sobre el que se extiende hasta enraizar en el suelo. A partir de ese momento, estrangula a su huésped para convertirse en un árbol independiente'.

RAMÓN.- ¡Joder con el ficus!

GINÉS.- 'Puede llegar a medir más de 50 metros de altura'.

RAMÓN.- Menudo hijo de puta, el estrangulador... (*Socarrón*). Pues bien caído está, entonces.

ANDRÉS.- Es un símbolo del pueblo, un poco de respeto, ¿no?

RAMÓN.- (*Paternalista e hiriente*) ¡Andrés, que es un árbol! No hagamos un duelo tampoco por unas cuantas ramas caídas...

GINÉS.- Pero es verdad que es un símbolo, ¿o no? Martín, ¿tú te sabes la leyenda?

MARTÍN.- No.

GINÉS.- Cuéntalo, papá.

ANDRÉS.- (*Tras recriminar con la mirada a su hijo por la propuesta, recuerda torpemente el relato de su abuelo*) Los romanos venían conquistando España y buscaban aguas termales. Para saber dónde estaba el agua más buena, iban plantando semillas de higo cada pocos kilómetros. Y al año siguiente, cuando volvían hacia Roma, se fueron encontrando los brotes que habían salido. Todos eran muy pequeños, menos aquí, que había nacido un árbol gigantesco. Entonces construyeron los baños e hicieron el pueblo.

ENCARNA.- (*Entre sonrisas y aplaudiendo*) Madre mía, Andrés. No me acordaba ya.

MARTÍN.- Qué bonita...

RAMÓN.- Menuda gilipollez.

ENCARNA.- Qué manera de engañar, ¿eh?, no me jodas. (*A Martín*) Todo eso para esconder que el origen de este pueblo es árabe. Moro. Que es los moros es una

cosa que da mucha alergia en este pueblo, ¿sabes, Martín? (*Pequeño momento de silencio*) Joder, hermano, para una vez que te pones dicharachero...

ANDRÉS.- Encarna, yo no hablaré mucho, pero tú la mitad de las veces que lo haces podías cerrar la puta boca.

RAMÓN.- ¿Qué has dicho?

ANDRÉS.- Digo que a veces os ponéis de un gilipollas que no hay quien os aguante.

RAMÓN.- ¿Pero qué coño dices?! ¿Pero te hemos insultado? ¿Es que me vas a venir a insultar a mi propia casa?

ANDRÉS.- ¿Tu casa? (*Dudando si continuar. Finalmente, explotando*) Cómo se te ha subido a la cabeza lo de tener un despachito en Los Baños... Ya eres el dueño de todo, ¿no? Tu casa... Y puedes hacer chistes con los que despiezamos. ¿Tú sabes los cortes y los dolores que tengo yo en esta muñeca, de llevar trece años abriendo marranos? ¿Has bajado a envasado, a ver el frío que hace y la bronquitis que se le ha quedado ya para siempre a mi Ana, mientras hace el Telecinco? Tú en tu despacho, con tu aire acondicionado a veintiún grados ya ni te acuerdas de que hace nada tuviste que hipotecar la finca y vender el cochazo ese que tenías, malviviendo del sueldo fijo de mi hermana.

RAMÓN se levanta y va hacia ANDRÉS dispuesto a pegarle. ENCARNA y MARTÍN se interponen. ANDRÉS no se mueve, desafiante. FEDERICO se esconde debajo de la mesa o detrás de algún mueble.

ENCARNA.- ¡¡Ramón!!

RAMÓN.- Me cago en dios, ¿Ramón?, ¡¿pero cómo que Ramón?! ¡¿A ti te parece bien que me diga esas cosas, el gordo amargado este?!

ENCARNA.- ¡Vale ya! (A RAMÓN) Dalo por perdido, como hago yo...

RAMÓN.- No te parto la boca para no hacerte más miserable de lo que eres. (*Desiste en su intención. ENCARNA y MARTÍN mantienen aún la alerta. A ENCARNA*). Qué ganas tengo de que nos vayamos de esta casa para no tener que aguantar a tu familia.

RAMÓN se va a las habitaciones de atrás.

ENCARNA.- Si siempre que vienes a mi casa va a ser para esto, mejor que no vengas más, ya te lo dije.

ANDRÉS.- Yo no vengo si no me invitan.

ENCARNA.- Ya sabes por lo que ha sido.

La tensión tácita se dirige hacia MARTÍN, responsable de juntar a la familia por su visita. GINÉS se echa a llorar, después de haber asistido suspeso al enfrentamiento. MARTÍN está superado por la situación.

ANDRÉS.- Va, Ginés, no llores.

ENCARNA.- (A ANDRÉS) Ni yo ni Ramón ni nadie tiene la culpa de vuestros problemas. Aquí todos lo hemos pasado mal últimamente

GINÉS.- ¿Pero qué hacéis? No podéis/

ANDRÉS.- Calla, Ginés. (A ENCARNA) Antes de que me vaya, vamos a hablar lo de papá.

ENCARNA.- Nadie te ha echado, de momento. ¿Qué pasa con papá?

ANDRÉS.- El tipo que has contratado para los fines de semana.

ENCARNA.- ¿Qué?

ANDRÉS.- No me gusta que el papá esté con un hombre así.

ENCARNA.- ¿Así como?

ANDRÉS.- Ya sabes...

ENCARNA.- ¿Gay?

ANDRÉS.- Llámalo como quieras. Con la que va en la semana yo creo que están a gusto, pero con este...

ENCARNA.- La mujer es latina, ¿también tienes algún problema con ella?

ANDRÉS.- No.

ENCARNA.- Pues tú dirás: ¿te vas a quedar tú a dormir con ellos los fines de semana? (*ANDRÉS calla*) Pues entonces, es lo que hay. Me ha costado mucho encontrar a alguien que quisiera esos horarios.

ANDRÉS.- Si papá estuviera bien de la cabeza, no querría a alguien así en casa ni en pintura.

ENCARNA.- (*Aparte, para que no lo oigan los demás*) Ya está al lado mamá para vigilar, y no ha puesto ningún problema.

RAMÓN vuelve. Asiste silencioso a la conversación.

ANDRÉS.- Eso da lo mismo para lo que te estoy diciendo.

ENCARNA.- (*Cogiendo su móvil de donde lo arrojó RAMÓN*)
Pues mira, te paso el contacto de todas las empresas y
anuncios que he estado buscando durante un mes para
que les llames tú y les pidas por favor un cuidador que
no sea marica, ¿qué te parece?

ANDRÉS.- Dijiste que te ocupabas tú. Yo voy todos los días,
tenga el turno por la mañana, por la tarde o por la
noche, lo ducho, lo saco a pasear, lo acuesto si hace
falta. Tú, con la excusa de que estás al lado...

ENCARNA.- Y según están las cosas, ¿a ti te parece normal
pararnos a mirar si el tipo es o no es gay?

RAMÓN.- (*Consciente de la violencia de su interrupción*) Pues ya
que estás con ese tema y hemos abierto la veda, tenía
pendiente contarte una cosa importante, Andrés.

MARTÍN.- (*Tratando de evitar el conflicto*). ¿Es necesario,
Ramón?

RAMÓN.- (*Sorprendido por la actitud de MARTÍN*). Es muy
necesario, primo, sí. (*A Andrés*). De hecho es algo que
tienes que saber, porque no lo hemos comentado
desde que salió, hace tres semanas. El artículo. En el
periódico, con los abusos de Miguel. Todos lo leímos
pero nadie ha dicho nada, ¿eh? (*A Martín*) ¿Tú tam-
bién lo leíste en Madrid, primo, y te ha dado ver-
güenza preguntar?

MARTÍN.- Sí, lo leí...

RAMÓN.- Mira, hasta Madrid llega el silencio de Los
Baños. (*A ANDRÉS*) Andrés, ahí no aparece mi nom-

bre, pero quiero que sepas que yo soy uno de los que han hablado. No me da vergüenza decirlo. Me costó seis años de psicólogos, así que ya que ese cabrón sigue haciendo lo mismo en Canarias y ahora ha salido a la luz, he contado lo que sé: las concentraciones, las duchas... cómo le protegían, cómo nos jodisteis a los que hablamos... Les di tu nombre, así que no sé si te llamaron.

ANDRÉS.- ¿Y tú para qué coño das mi nombre a nadie?

RAMÓN.- No te enfades tanto, hombre. Si según estás ahora, seguro que no se iban a creer que estuviste a punto de ir a las olimpiadas...

ENCARNA.- Ramón, por ahí no...

RAMÓN.- Tranquila, me voy ya. Os dejo que celebréis con los niños y los viejos esta bonita familia que tenéis. Esta familia de traumas, toda la vida callando para no andar en lenguas, aparentando otra cosa... ¿y para qué? Para llegar a esto. Si todo va bien, el año que viene nos compramos un piso y cerramos para siempre esta casa. Qué ganas... *(Tras un breve silencio)* Hazme caso, Andrés, déjate ayudar. *(Va hacia la puerta de la calle)* Y no te obsesiones tanto con el marica que cuida a tu padre y mira un poco mejor a tu alrededor...

RAMÓN se va.

MARTÍN.- Si llego a saber esto... Lo siento, primos.

ENCARNA.- Nada...

MARTÍN.- De verdad, que/

ENCARNA.- Déjalo, Martín.

MARTÍN.- No sabía que las cosas estaban así. Si no, no habría dicho de hacer cena ni nada/

ENCARNA.- ¿Y cómo creías que estaban?

MARTÍN.- No lo sé.

ENCARNA.- Ese es el problema.

MARTÍN.- Ya.

ENCARNA.- Que la vida sigue, y se complica, aunque desde allí lejos te pienses que todo sigue igual.

ANDRÉS.- Él no tiene la culpa.

ENCARNA.- No. Pero en fin, esto es lo que hay. Esta es tu familia la del pueblo. Voy a por los papás, que ya es hora.

ENCARNA sale a la calle. Un momento de silencio. FEDERICO sale de su refugio. Va a abrazarse a su primo GINÉS, que lo acoge.

GINÉS.- ¿Por qué le has dicho eso a la tita?

ANDRÉS.- ¿El qué?

GINÉS.- Lo del cuidador.

ANDRÉS.- Porque sí.

GINÉS.- No entiendo.

ANDRÉS.- Porque es mejor buscar a otra persona. El abuelo tiene que estar bien cuidado.

GINÉS.- ¿Y por qué no lo va a cuidar bien Vicente?

ANDRÉS.- ¿Quién es Vicente?

GINÉS.- El cuidador. El que quieres echar.

ANDRÉS.- Tú no entiendes de lo que hablo.

GINÉS.- Sí, sí que entiendo. Tengo 14 años, papá.

ANDRÉS.- Vamos a dejarlo. Bastante agitada está ya la noche. Ahora vienen los abuelos y vamos a cenar tranquilos, ¿vale? (*A FEDERICO*) Fede, ¿estás bien?

FEDERICO.- Sí...

ANDRÉS.- Venga, vamos a terminar de colocar.

MARTÍN.- (*Participando del impulso conciliador de ANDRÉS*)
Sí...

ANDRÉS.- Chicos, a la mesa, así empezamos en cuanto lleguen.

Los niños no se mueven. Hay un largo silencio.

GINÉS.- ¿Y lo del artículo?

ANDRÉS.- ¡Ginés, te he dicho que vamos a dejarlo!

GINÉS.- El otro día cuando os pregunté no me dijiste nada.

ANDRÉS.- ¡¿Quieres venir a sentarte?!

GINÉS.- Yo no soy así, papá. (*Con determinación, pero sin terminar de encontrar las palabras para lo que quiere decir*) Y no me parece bien lo que has dicho.

ANDRÉS.- (*Violento*). Ginés, no me jodas...

ANDRÉS se levanta a por GINÉS, pero en ese momento llegan ANTONIO (75), JUANA (71) y ENCARNA de la calle, con lo que corta su acción. ANTONIO está muy avejentado, con gesto desubicado y necesita ayuda para caminar. JUANA también está mayor, no tanto como su marido pero lo suficiente como para no poder hacerse cargo de él por sí sola.

MARTÍN.- *(Acercándose a saludarles)* ¡Tíos!

ANTONIO.- *(A ENCARNA)* ¿Quién es?

ENCARNA.- Tu sobrino Martín, el hijo de Francisco y Teresa.

ANTONIO.- *(Indicando con su gesto que no lo recuerda)* No lo encuentro.

JUANA.- Martín, ¿qué? ¿Tus padres?

MARTÍN.- Ya sabes, tía, bien. Mi padre con su mala salud y su poca moral, y mi madre bien, con energía, a punto de jubilarse del hospital.

JUANA.- Ya me va contando, ya. Estoy enterada de todo. Desde lo del cáncer, a tu padre le ha dado por llamarme casi cada día...

MARTÍN.- No hay mal que por bien no venga.

JUANA.- Yo le digo: como sigas así, cualquier día te vuelvo a ver por aquí, pintando palmeras.

MARTÍN.- Qué va, no quiere moverse de allí. Casi ni sale de casa. Y lo de pintar también lo dejó hace ya un tiempo...

JUANA.- Eso no me lo había dicho... *(Viendo a su nieto pequeño)* ¿Pero y este pequeño?

FEDERICO se abraza de la pierna de su abuela.

MARTÍN.- ¿Nos vamos sentando, prima?

ENCARNA.- Sí.

Todos van tomando posiciones en torno a la mesa menos GINÉS, que se queda paralizado con cierto gesto desafiante. Los demás lo advierten. JUANA también.

JUANA.- (A ENCARNA) ¿Qué pasa?

ANDRÉS.- Nada, mamá, que está el ambiente un poco caldeado.

JUANA.- (A ENCARNA) ¿Y Ramón? ¿Por qué no está?

GINÉS.- Yo lo siento, papá, pero no puedo hacer como si nada.

ENCARNA.- Ginés, ¿estás bien?

GINÉS.- ¿Y si yo fuera como Vicente? (Silencio general) ¿Y si lo soy? (ANDRÉS está paralizado. Ginés toma tiempo para seguir hablando) Tú sabes que lo soy. Todos lo saben. Entonces, ¿para qué has dicho eso de Vicente? Delante de mí. Yo no me lo voy a callar, si es eso lo que quieres (Vuelve a buscar las palabras) Es mi vida. No la tuya.

ANTONIO.- (Percibiendo desde su demencia la situación) ¿Qué os pasa?

GINÉS.- Soy gay. (Otro largo silencio). No sé qué más decir.

ANDRÉS está llorando, a pesar de tratar de ocultarlo. De repente, se levanta y se va corriendo de casa.

JUANA.- (A ENCARNA) ¿Pero qué ha pasado aquí? (Silencio) ¡Hija! (ENCARNA no responde. Mira a su sobrino).

ENCARNA.- Nada. Vamos a sentarnos a cenar.

ENCARNA ayuda a su padre a sentarse, que sigue observando a su alrededor sin entender nada. GINÉS también se acerca a la mesa para ocupar su sitio, al lado de FEDERICO.

JUANA.- ¿Es que no podíais dejar de machacaros ni siquiera el rato que estuviera Martín aquí?

MACROPHYLLA

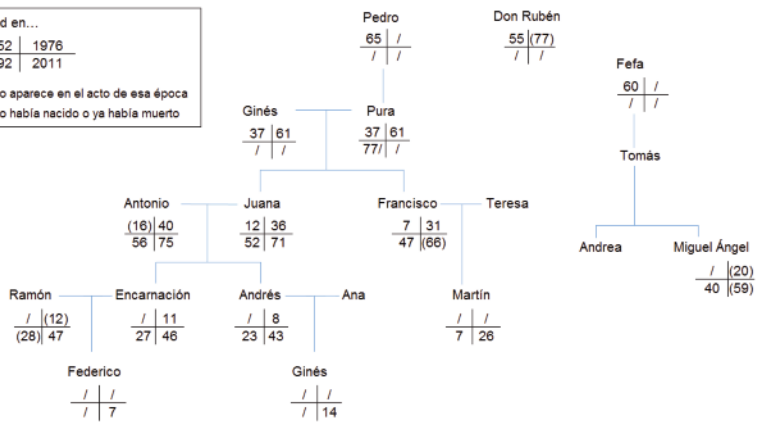
ANTONIO.- ¿Qué os pasa? ¿Qué se os ha caído?

ENCARNA.- (*A MARTÍN*) Ya lo ves, primo. Esto es lo que hay. Prueba los michirones, anda.

OSCURO

Edad en...	
1952	1976
1992	2011

() no aparece en el acto de esa época
/ no había nacido o ya había muerto





GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA